

Análisis de diario íntimo de Julio Ramón Ribeyro: Influencia de la conciencia histórica en la
construcción del yo

Diego Alejandro Rincón Garcés

Universidad del Valle

15 de diciembre 2017

Nota del autor

Diego Alejandro Rincón Garcés, Escuela de estudios literarios, Universidad del Valle

La correspondencia relacionada con este proyecto debe ser dirigida a Diego Alejandro Rincón

Garcés,

Universidad del Valle

Contacto: rincon.diego@correounivalle.edu.co

Dedicatória

Dedicado a mi padre que me enseñó a atar nudos más fuertes.

Tabla de contenido

Introducción	1
Marco teórico: El diario, el devenir del yo y la conciencia histórica	4 - 6
Relatos fragmentados en el río de la vida	6 - 11
Yo en la intimidad escrita	11 - 13
Conciencia histórica	13 - 17
Julio Ramón Ribeyro, entre Perú y Europa	18 - 19
El problema de los discursos oficiales: Perú en conflicto	19 - 24
La escritura de Ribeyro en el Perú que se moderniza	24 - 28
Ribeyro en Europa, viaje a las otras fronteras	28 - 32
Julio Ramón Ribeyro: reconstrucción de un mundo en <i>La tentación del fracaso</i>	33 - 35
Consideraciones del diario íntimo: una perspectiva sobre sus génesis	35 - 43
Un mundo interior: entre el reposo y el desasosiego	43 - 50
El peso del sentido histórico en el diario íntimo de Ribeyro	50 - 58
Conclusiones	59 - 61
Referencias	62 - 64

Introducción

La memoria es uno de los medios que tenemos para reconocernos. Aun cuando el recuerdo nazca de las experiencias más íntimas, no dejan de estar vinculado a un entorno tal vez difuso, pero no ausente. A lo largo de la historia hemos encontrado diversas formas para que la memoria se instale en el mundo: desde la tradición oral, pasando por figuras talladas en piedra, dibujos dejados en los muros de alguna caverna, pinturas de las cuales puede no llegar a saberse el nombre de su autor, danzas que representan algún evento específico, ritos fundamentales en la cosmovisión de alguna comunidad o la escritura.

Desde su invención, la escritura fue fundamental para el levantamiento de balances, la difusión de noticias y el registro de eventos. Luego vinieron usos de la escritura más específicos que seguramente construyeron los primeros momentos de lo que Karl Weintraub llamó *instinto autobiográfico*. Las historias relataban vivencias de nombres que parecían lejanos y ajenos a las personas que escuchaban o leían sobre ellos: dioses que castigaban ofensas, héroes que salvaban pueblos, guerreros sumergidos en épicas confrontaciones. Fue la escritura un medio de gran importancia para el conocimiento, la proliferación y conservación de estas historias.

Avanzando en la historia muchas personas dejaron registro de sus vidas y, por ende, del mundo que los rodeaba. Pueden surgir diversos nombres de aquellos que decidieron aventurarse a esa escritura autobiográfica, como Roland Barthes, Ana Frank, Gabriela Mistral, Piedad Bonnett, Augusto Monterroso o Julio Ramón Ribeyro. Justamente este último el autor que pretendemos estudiar en la presente monografía.

Ribeyro llevó a lo largo de su vida registros de diversas vivencias, acompañadas de un número inéditos de hojas, recortes, fotos, recibos y demás elementos que trajeran el recuerdo de un hecho específicos, y algunas de esas evidencias se cristalizaron en su diario íntimo *La*

tentación del fracaso. En este trabajo defendemos la idea de que, mediante sus remembranzas y reflexiones, Ribeyro modeliza su mundo interior, a la vez que va mirando aspectos sociales, políticos, económicos y culturales que ayudan a reconocer la figura autoral del siempre recordado Julio Ramón Ribeyro.

Para dicha búsqueda, partimos de una serie de preguntas que indagan en las diversas vías que presentan este diario: ¿Quién era Ribeyro? ¿Quién quería ser Ribeyro? ¿Dónde estuvo y por qué? ¿Cómo se presentaban y desarrollaba su quehacer literario? ¿Cuál fue el mundo que rodeó a Ribeyro? ¿Qué significaba para Ribeyro el mundo que lo rodeaba? ¿Qué esperaba de ese entorno? ¿Cómo representaba ese mundo? ¿Cuáles otros mundos proponía y por qué? ¿Cómo influyó Perú en la formación de este escritor? ¿Cómo influyó Europa en esa misma formación? ¿Cuál era su concepción sobre el diario íntimo? ¿Cuál era su perspectiva sobre el diario propio? Surgirán otras incógnitas a lo largo de la monografía que serán consignadas en los respectivos capítulos que la componen.

En el primer capítulo ofrecemos un breve panorama teórico e histórico del género autobiográfico, para conducirnos a esa misma búsqueda en el diario íntimo, apoyados en los estudios de Nora Catelli y Béatrice Didier. Definidos esos contornos, nos acercamos a *El espacio autobiográfico* donde Leonor Arfuch repasa varios conceptos relacionados con la autobiografía, como: el dialogismo, público-privado, identidad subjetividad, revisándolos parcialmente en el diario de Ribeyro. Para cerrar este capítulo presentamos y explicamos el concepto central con el cual se abordarán *La tentación del fracaso*, nombrado por Karl Weintraub *Conciencia histórica*.

El segundo capítulo presentará una búsqueda y síntesis de los diversos acontecimientos y realidades de las que Ribeyro fue testigo entre los años 50 y 70's, que enmarcan el diario de este escritor peruano. Encontramos aspectos culturales, económicos, literarios, geográficos, entre

otros. Se dividió Perú y Europa, pues entre su país natal y gran parte de este continente se reparte la mayor tajada de vivencias relatadas. Para esta búsqueda serán fundamentales los estudios del antropólogo Misha Kokotovic y el historiador José Luis Romero.

En el tercer y último capítulo postulamos un encuentro directo con diversas entradas de *La tentación del fracaso*. Valiéndonos de los aportes del primer y segundo capítulo, ofrecemos un espacio de indagación, reflexión e interpretación de los diferentes aspectos de la vida del autor, que dan pie a relacionar la realidad del mundo que lo rodeó, con la construcción de los diferentes aspectos de su identidad. Para dicha búsqueda nos acercamos a aquellas preguntas ya comentadas en esta introducción.

Ribeyro fue un hombre dado a luchar contra cada una de sus facetas, la aceptación de su ser fue un tema complejo. Las batallas se hicieron evidentes a través de las páginas de su diario. Desde el desprendimiento de un yo que arrastraba el peso de la tradición familiar, pasando por la trashumancia desenfrenada, provocada por la falta de sentido que veía en los lugares habitados, llegando hasta un yo “realizado” como escritor y voz viviente de su patria. No había conformidad y es esa falta de comodidad aquella que movilizó la pluma de este autor.

Capítulo 1

Marco teórico: El diario, el devenir del yo y la conciencia histórica

La maduración del género autobiográfico fue un proceso que inició alrededor del siglo XVIII. Había un terreno abonado tanto por las formas en que determinadas condiciones culturales influenciaron el imaginario de la época, como por la significativa relación que se dio entre la retórica y la creciente conciencia pública del hombre clásico. El concepto de lo público en relación con lo privado fue uno de esos aspectos culturales que revolucionó lo que Karl Weintraub llamó el instinto autobiográfico, es decir, el deseo de dar cuenta de la propia vida.

El espacio de la interioridad, aquel que es protagonista de la producción autobiográfica, ve sus orígenes, según el sociólogo Norbert Elías, en el proceso de *civilización* que estaba viviendo la sociedad, cuando el Estado absolutista (instaurado en el siglo XVII) buscaba *pacificar* el espacio social, desterrando “las expresiones violentas y pulsiones a otro ámbito” (p. 36), imponiendo un código de comportamiento, con el fin de reprimir y desviar las posibles reacciones, a otras capas sociales. Las barreras del pudor se hicieron más grande y la esfera de lo privado es fundada, al menos la nueva acepción.

Esta transformación del Estado obligó al individuo a renovar la *economía psíquica*, pues la nueva estructura de la personalidad se veía en el trabajo de decidir qué formas de proceder eran pertinentes para determinado contexto. Se gestó la vía de la *literatura de civilidad*, conformada por códigos, manuales de etiqueta, consejos, entre otros y la vía de la *literatura autógrafa*, que de forma incipiente esbozaba las relaciones de la lectura, la escritura y ese tránsito lento hacia el conocimiento de sí. Esta última vía surgió a la par que se descubrió un estado aparentemente poco habitual, la soledad. Parecía imposible que se dieran las condiciones

para “la lectura silenciosa, la meditación [...] una especie de infancia de la subjetividad” (Arlfuch, 2007, p.37) los primeros pasos ante la posibilidad de ver, sentir o pensar diferente.

A partir de aquí conviven obras enfocadas en los personajes clásicos y los acontecimientos *importantes* que los rodean, junto a otras memorias que comienzan a manifestar aspectos de la personalidad, en los llamados libros de razón (*libre de raison*). Éstos eran cuadernos de registro donde se vían narraciones de acontecimientos cotidianos, como diarios íntimos, que no solo registraban hechos de la fe, sino que daban cuenta del mundo afectivo del autor.

Lo privado y público, la soledad, el mundo afectivo son conceptos de partida para todo lo que configura el mundo de lo autobiográfico. Estos aspectos remiten al mundo interior, ordenamiento de la personalidad, percepción de la intimidad. Sin embargo, debe reconocerse también la dimensión histórica que se registra en estas obras. Dice Weintraub que el “género autobiográfico tomó una forma definida y rica cuando el hombre occidental adquirió una mayor y más profunda comprensión histórica de su existencia” (p. 18).

Entre esas formas discursivas del género autobiográfico que abren la puerta a esa nueva conciencia, lograda por el hombre occidental de sí mismo y el mundo que lo rodeaba, estaba el ya nombrado diario íntimo. Para fines de este trabajo se hará un seguimiento y análisis de cómo se conjugan aquellos aspectos históricos, indisociables de lo que hoy en día constituye al reconocido escritor peruano Julio Ramón Ribeyro, con su individualidad. Específicamente, hablamos del diario íntimo publicado entre 1992 y 1995 titulado *La tentación del fracaso*. Con el fin de lograr estos objetivos, el capítulo se encargará, en primer lugar, de hacer un breve recorrido por los límites, posibilidades y genealogía de esta forma discursiva, apoyándome en el trabajo de críticos como Nora Catelli y Béatrice Didier principalmente. Posterior a ello se

presentarán conceptos como público y privado, identidad, modelos, individualidad, subjetividad en su mayoría tratados por Leonor Arfuch, y que dan una mejor panorámica de cómo la vida exterior ha logrado influenciar la vida interior. Por último, me acercaré a la idea de sentido histórico, tratada por Karl Wintraub, que será pilar fundamental para el análisis del diario escrito por Ribeyro.

Relatos fragmentados en el río de la vida

El diario íntimo es fragmentario y no encuentra más organización que las fechas en que ocurre cada evento anotado. Este, según Weintraub, tiene como premisa básica que “el día tiene un fin” (p. 21), aun para personas con criterios muy específicos y por ende con mayor conocimiento de aquello que es significativo para ellos. Sin embargo, eso no quiere decir que un diario esté obligado a llevar un registro minucioso de la vida del autor o que esté entre sus obligaciones imponerse un orden del día, pues en gran medida las entradas de este texto están supeditadas a las impredecibles experiencias que puede vivir el diarista. Se le atribuye gran valor al ser una representación fiel del pasado y no tener que adquirir un significado más allá del logrado cuando se convierte en una anotación o entrada, lo cual permiten evocar sin contra tiempos, el pasado al presente.

Nora Catelli (2007) dice en su libro que, aunque es parte de un género, el diario carece de estructura al no componer del todo un relato. Ahora, si bien no posee un orden convencional, su estructura no está enfocada en crear un relato secuencial. Usa entradas marcadas por fechas, que acude al día a día con discontinuidades, desajustes, anticipaciones, retrospectaciones y años de distancia, en los cuales se puede identificar un proceso o progreso intencionado, pues son momentos significativos para el escritor.

La escritura va desde los humores de quien escribe, pasando por sus afinidades, sus angustias y sus obsesiones, pero también sus actividades, relaciones y observaciones, que se disputan los espacios y señalan tendencias dominantes en el sujeto. Se llegaron a calificar como vagos estos contenidos y en parte eso mereció poca atención hacia este género discursivo. Álvaro Luque (2016) resume la situación del diario íntimo con las siguientes palabras:

El diario personal no ha recibido la misma atención teórica que otras manifestaciones autobiográficas, por lo que se revela como una forma cuya naturaleza se desconoce no solo en el mundo editorial, sino también en el académico, donde su propia definición es malinterpretada con frecuencia. (p.1)

En un ensayo de 1979, Roland Barthes planteó cuatro motivos por los que los escritores se toman el trabajo de llevar diarios: el primero es una forma de inventar un estilo, el segundo es cierto afán por dejar testimonio de una época vivida, el tercero acude a la necesidad de dejar retratada una imagen y el cuarto es tomar el diario a modo de taller; jugando con el lenguaje y las frases que han de ocurrírsele. Los cuatro motivos apuntan a la posibilidad de hacerse un espacio como autor, donde no se corre el riesgo de ser juzgado por sus fracasos y tampoco ser atiborrado por sus triunfos; es el lugar para pulir su mirada de testigo hasta de él mismo.

La supuesta falta de estructura del diario íntimo es explicada por Béatrice Didier (1976) como dos fuerzas contradictorias: “por una parte, una especie de cerco, de encarcelamiento, que sin duda permite el perfeccionamiento del discurso, pero se arriesga a volverse terriblemente monódico, asfixiante. Por otra parte, dado que este tipo de escritura no conoce reglas ni verdaderos límites, el diario puede abrirse a cualquier cosa” (p. 39), La segunda fuerza estaría hablándonos más de la flexibilidad de este subgénero que de una falta de forma. Las páginas de

diario permiten agregar recibos, recortes, facturas, borradores. Y esa misma flexibilidad da la oportunidad de ignorar las dos mayores ataduras del autor; las opiniones de editores y del público.

Otra característica importante de resaltar en el diario íntimo va de la mano con la idea de que el acontecimiento debe ser registrado a la mayor brevedad posible, evitando la posibilidad de meditar la situación, deformar el recuerdo, crear una síntesis o pulir de sobremanera el estilo. Se busca retratar el hecho de la forma más cercana posible al mundo de referencia, incluyendo los pensamientos que influenciaran al autor en ese momento.

El diario íntimo hace pleno uso del discurso introspectivo, donde la voz de otros tiene una participación marginal. Solo se le da pasó, si se lo permite la voz cantante. Dice Béatrice Didier (1976): “-la palabra del otro no es verdaderamente escuchada, no queda de ella sino alguna que otra frase que emerge de un tejido de estilo indirecto-“(p.40) No obstante, en el momento que el diario tiene la posibilidad de ser publicado, si se dan las condiciones para que el autor desde el momento de redactarlo asuma que está destinado a la imprenta, se presta para dar cabida a registros diferentes; se difumina la marginalidad. Puede llegar al punto de ser usado como respuesta a algún hecho de la sociedad. “Si el diario se publica, puede convertirse en arma, y aportar una respuesta a un ataque, repuesta en caliente, casi tan rápida como el tradicional <<panfleto>>” (p. 41)

El diario corre un peligro grande al tener fronteras, en ocasiones, difíciles de reconocer, pues se confunde con el diario-reportaje o con la epístola. Didier (1976) dice que el diario íntimo se distingue de estas otras formas en el modo como se relaciona con el otro. Pueden tener en común la nombrada fragmentación, la facilidad para cruzar fronteras, el ser concebidas, al menos en principio, para no ser publicadas. Tampoco se les reconoce como obras, pues carecen de la

posibilidad de nombrar como acabadas; incluso publicadas, siguen teniendo una apertura para continuar, siguen marcadas por la libertad.

El diario tiene el gran potencial de marcar el principio de alguna empresa. Allí se dejan ideas que tal vez con el tiempo vuelvan a la luz. Una frase puede ser la clave, tal vez el ritmo con que se anotó alguna entrada... Allí se están gestando obras. En últimas, el diario de un escritor se termina valorando por esa condición de escritor en ejercicio que deja ver al hombre que vivió y vive. Cita Didier a Stendhal “He dejado de escribir los recuerdos tiernos, me he dado cuenta de que esos los estropeo” (p. 44) El diario íntimo no pierde su condición de depositaria de las memorias del ser humano, donde éstas adquieren el valor como material de posibles escrituras.

Tal vez se esté profanando el culto a la cotidianidad que significaba el diario íntimo. Pero para una persona con la labor de escritor, cualquier ejercicio de tomar un lapicero, una pluma, un lápiz o el teclado de un computador, adquiere gran valor como lienzo libre para los ejercicios de escritura que lleguen a la mente. Dice Joubert: << ¿Cómo es que solo buscando las palabras encuentra uno los pensamientos? >> [...] >>El espíritu se arruina si uno escribe demasiado, y se oxida si no escribe >> (p.44) El diario adquiere la labor de una balanza. Constancia en la escritura, tanto para los periodos de letargo creativo, sirviendo como refugio... pero facilitando ideas para la creación, en los momentos de mayor actividad escritural.

Como último aspecto a discutir, Béatrice Didier (1976) habla de la cuestionable entidad del “yo” que se encarga de escribir el diario. Las tendencias filosóficas del siglo XX han procurado contribuir a crear un estado constante de juicio contra cualquier pretensión de definir este sujeto. Rastrear la noción del “yo” implica entrar por vericuetos que para algunos resultarían indescifrables. La estructura burguesa del siglo XIX había implantado cierta visión individualista

del ser nosotros en el mundo. Sin embargo, doctrinas que no se sometieron o al menos no del todo a la mirada occidental del mundo derrumbaron verdades asumidas.

La diversidad del “yo” también es propiciada por los cambios en los estilos de vida. Algunos frenéticos, otros pausados, abismalmente diferentes, en todo caso. Didier se pregunta si el diario como elemento, como registro, tiene sentido en tiempos donde los medios acumulan y liberan información a velocidades vertiginosas. ¿Será acaso que aún exista quien esté dispuesto a anotar sus pensamientos, cuando puede que ya tenga a la mano, pensamientos de otra cantidad masiva de personas? El diario íntimo suele ser más efectivo para seres con vidas de pueblo o tal vez caseríos; vidas más tranquilas. Didier las califica de vacías, pero en comparación con aquellos que son arrollados por la información, estas personas de los lugares que no están tan expuestos a las vías de comunicación tienen mayor oportunidad de escucharse y permitirse escribir.

El diario íntimo, entonces, parece solo tener salvación en el trabajo del escritor, que lo toma como laboratorio. Corre el peligro de volverse la carpeta donde se dejan fragmentos de poemas, pedazos de ensayos, ideas de personajes para alguna ficción. Tiene dos posibilidades, quedarse como el cuarto de San Alejo, o por el contrario, volverse como dice Didier (1976): “el diario es un texto que genera otros textos, una génesis permanente” (p. 45)

El diario íntimo es quizá el género discursivo que más se sumerge en el yo. Abierto a la improvisación y multiplicidad de registros del lenguaje y hasta del coleccionismo puesto que cualquier cosa puede encontrar lugar en las páginas del diario. Como ya se dijo, va al ritmo del día a día, y los límites están en cuánto al tiempo y lugar que haya habitado o habite el autor. Existen diarios que siguen la vida de su dueño de forma silenciosa, no obstante, hay otros ya pensados para ser publicados y así se da paso al espectáculo de la interioridad. Puede sobrepasar

hasta los límites de la autobiografía, pues también refleja “la angustia, el miedo y el erotismo de la vida” (Arfuch, 2007, p. 110). El diario se encarga de aquello que no termina de ser dicho, de aquello que se queda fragmentado, pero que aun así sigue siendo significativo para el escritor.

Yo en la intimidad escrita

En el siglo XVIII se supone al sujeto como ser autónomo, autocentrado y unívoco; en resumen, un ser falto de complejidades. En contraposición surge el sujeto descentrado, constituido por múltiples vacíos, en cuanto a la necesidad de indagarse para encontrar sentido a su vida. Arfuch trae a colación el término bajtiniano de dialogismo, indicando que “el sujeto debe ser pensado desde su “otredad” (p. 13). Ésta se refiere a la dualidad que se da entre el individuo que escribe y el escrito, pues para Bajtín no hay coincidencia entre autor y personaje, ni siquiera en la autobiografía, dividiéndose en sujeto de la enunciación y sujeto del enunciado: el primero se expresa y crea a través de un discurso, el otro es creado por el discurso; es entonces un constante estado naciente. El ideal de identidad de la época se encuentra y choca con el olvidado nomadismo, ocurre un desplazamiento de la identidad hacia la página que será barca de la narración vivencial.

La intención biográfica es definida por Arfuch como un universo de géneros discursivos consagrados que tratan de aprehender la cualidad evanescente de la vida oponiendo, a la repetición abrumadora de los días, a los desfallecimientos de la memoria, al registro minucioso del acontecer, al relato de las vicisitudes o la nota fulgurante de la vivencia capaz de iluminar el instante y la totalidad. (p 17)

Cualquiera que sea su forma, el autor deja una huella, dibuja el rastro, busca algún tipo de singularidad y como resultado de ella la trascendencia. Esto a su vez desarrolla una necesidad de

adhesión, de identificarse con un nuevo otro, “modelos sociales de realización personal, curiosidad, aprendizaje del vivir” (Arfuch, 2007, p. 17). Así es como se iba deslizando lentamente la escritura hacia el ámbito de la intimidad.

Las historias no se quedaban solo en el relato de historias locales y regionales. En el mundo de la alcoba, el estudio, la sala comenzaron a ser relatados también. Esto tuvo impacto en las esferas externas, pues la política, economía y cultura también se fue transformado, dada las nuevas necesidades adquiridas por los individuos que conformaban la sociedad. Las personas querían saber más, se despertó un hambre por conocer la vida de “funcionarios y notables”, (Arfuch, 2007, p. 20) claro, sin dejar de lado el gusto por saber de *sí mismos*, del *yo* que encontraban en el otro. Lo privado se fue sumergiendo en lo público, con tonos peyorativos.

La *veracidad* de todas estas historias interiores que estaban inundando la sociedad solo era *asegurada* por un nombre propio, una firma, la posibilidad de *ponerle una cara* al relato. Se fueron entretejiendo las vidas de aquellos que estarían registrados en el discurso *oficial* de la historia y las vidas *comunes* de los vecinos, que ofrecían una posibilidad inmediata de autoreconocimiento; figuras contrastivas de la vida.

Si recordamos que hubo un momento cuando los deseos más básicos se vieron empujadas a lo oculto, también se nota que esas mismas pulsiones encuentran la forma de salir a luz, como algo más indefenso de lo que en realidad querían hacer parecer: gustos, usos de elementos, costumbres, viajes hechos, inclinaciones amorosas, hasta infidelidades eran contadas, no obstante, no se notó cuál era la peligrosa amenaza.

Surgían cambios de un lado y otro, algunos fugaces y otros escandalosos; sin embargo, el rastreo hecho por Arfuch deja notar como el siglo XVIII, al menos por la influencia de lo autobiográfico caminaba hacia esa nueva definición del *yo*, de la *verdad* y de la *realidad*. El

despegue de la subjetividad liberó otra cadena, pues las formas de representación nuevas diseñaron un modelo de moralidad que ya no estaba tan aferrado a los dictámenes teológicos. Constantemente evolucionaba la forma de las relaciones interpersonales, eso afectaba el contenido de la escritura. Se incluía al otro como copartícipe en la escritura.

Así la necesidad de la autobiografía se actualiza, indagando la afectividad y cómo el ser la refleja, explorando nuevas tendencias literarias. Este camino abre paso a otras preguntas “¿cuán “real” será la persona del autobiógrafo en su texto? En respuesta a esa incertidumbre, Lejeune no dice que no hablaría de una identidad que comparten ambos, sino de una semejanza. Afirma Arfuch que “en efecto, más allá del nombre propio, de la coincidencia empírica, el narrador es *otro*, diferente de aquel que ha protagonizado lo que va a narrar...” (p. 46). No obstante, a estas alturas el lector ha pasado por un arduo entrenamiento para asumir los juegos de las máscaras, las trampas retóricas, las develaciones de la identidad que presenta este género.

En el vaivén de todas las dudas surgidas podría decirse que el género autobiográfico se sostiene apoyado en el *contenido* del relato, la posible *verdad* que se está contando, la estrategia para relatar-se, la perspectiva desde la que se escribe, aquello que se deja en el tintero y lo dejado en la sombra, tal vez para ser interpretado por la intuición del lector.

Conciencia histórica

Uno de los objetivos que tiene el género autobiográfico es el de percibir y otorgar un sentido a la vida. Este sentido es buscado desde el punto de vista del escritor, desde el cual contempla su propia vida. La cultura suele enfocar sus valores de modo que se creen los modelos humanos más cercanos a su cosmogonía. Han existido modelos concretos, como los de los sabios, los héroes, las damiselas. Se exigen unas cualidades determinadas, normas y conductas exactas. El diario íntimo es el medio para que el autor, representante o no de un modelo humano

específico, logre revelar sin temor algunos sus aciertos y desperfectos en relación con el mundo que lo rodea.

Weintraub (1991) explica que el ser humano, luego de identificar aquellos modelos que enmarcaban una u otra posibilidad de acción y reacción, desarrolló cierto apego por la personalidad denominada individualidad. No se habla de individualismo, pues la individualidad implica reconocer que cada ser humano es indudablemente distinto; por ende, aunque las condiciones del entorno sean las mismas para uno y otros el resultado final no dejará de ser diferente. En última instancia, resultan ser indescriptibles esas individualidades.

Al parecer era previsible que el género autobiográfico se desarrollara de forma que aprovechara el entorno cultural, para dar testimonio de las historias de los personajes. Esto se logró en el momento en que el ser humano se sintió atraído por sus propios y diversos actos, colocándose como fin en sí mismo. De aquí surgió el deseo de poner los ojos en nuestro pasado inmediato o distante, para justificar con sus actos realizados, el motivo de su existencia. Se pone en paralelo la historia de sus propias vidas y la historia que relata el mundo, convirtiéndose cualquier producto del género autobiográfico en una forma de relatar su particularidad y a la vez contar su época.

Dice Weintraub que la perspectiva trabajada por la autobiografía, no se refiere a las perspectivas biológicas del hombre:

sino la concepción del hombre como un ser que o bien se define en función de su <<naturaleza>> y de su esencia formal o bien se encuentra circunscrito de forma más significativa por su historia en cada uno y todos los puntos de tiempo. (p. 23)

Partiendo de la idea que el género autobiográfico es una forma literaria en que un yo rememora su vida, también se debe pensar en que esta forma depende de la concepción de vida que prevalezca en el momento. La vida es un proceso, un conjunto de fases sucesivas que se traducen en experiencias vitales. Sin embargo, un hecho inamovible es que la vida quiere más vida; necesita el mayor tiempo posible. En la escritura es necesario todo el tiempo posible, pues en algún momento el individuo debe interrumpir el flujo de su tiempo, para darse a la reflexión y el entendimiento de sus ideas. Afirma Weintraub (1991) que la evolución de la personalidad del hombre está vinculada a su interacción con el mundo. Este es un proceso constante, donde las situaciones “extrañas” para cada quien, aportan particularidad a las reflexiones vitales. Así es como el escritor de diario, no ve los “hechos accidentales” como problemas que interfieren con el progreso en la personalidad del individuo, sino como un aporte enriquecedor.

Es así como cada individuo termina por convertirse en “lo que le fue dado al principio, lo que su mundo le otorga, lo que selecciona de ese mundo, cómo crear su carácter, y cómo esta persona, a su vez, influyen en el mundo” (p. 25).

Un segundo aspecto importante dentro de la autobiografía es la concepción que cada hombre tiene de la figura del yo. Este elemento determina la forma en que cada escritor asume la forma y el proceso de escritura a seguir. Weintraub compara las diversas perspectivas que el ser puede tener de sí, con el mito protéico del hombre:

es aquella que considera que el hombre [...] puede adoptar la apariencia de múltiples y variadas formas de ser, o sea, de expresar su naturaleza protéica por medio de múltiples y variadas <<actualizaciones>> dentro del extenso y variable potencial humano, entonces la historia de la autobiografía se convierte en la historia de las cambiantes concepciones del yo del hombre. (p. 26).

Este proceso del hombre que regresa sobre sus experiencias predecibles y aquellas accidentales, usando una proyección del yo única, genera una percepción diferente de la historia. Weintraub lo denomina, *sentido histórico*. En un principio, la autobiografía dependía más del sentido histórico desarrollado por el autor, que de la percepción de las experiencias íntimas. Se hallaban casos donde el autor no proyectaba ningún cambio entre el principio y final de su diario. En Occidente estaba impuesta una perspectiva cristiana de la vida, una visión teocéntrica y por ende totalitaria ante cualquier situación dada. No obstante, el deseo del hombre por justificar su existencia por fuera de los “designios divinos” lo llevó a modificar las tendencias absolutistas de la razón como respuesta a todo y se planteó una visión relativizadora de la vida.

Este progreso generó una nueva significación para el *sentido histórico*, en el momento que se le dio una alta valoración a la individualidad, dentro de la colectividad que antes mandaba la parada. El hombre presenta su propia vida como historia, pero en esa búsqueda de dejar testimonio de sí, genera una armonía con la historia del mundo y así se crea en paralelo un relato del yo y un relato de la época vivida.

Las concepciones históricas están dadas por los elementos dominantes de la *realidad* del momento. Así, antes del siglo XVIII son fundamentales los referentes cristianos “la historia del pueblo de Dios ocupa el hilo principal de la historia y quienquiera que se saliera de este hilo principal tendría que acabar volviendo a él o se encontraría perdido” (Weintraub, 1991, p. 31) en cierto punto el hombre se fue desvinculando de ese objetivo que lo encaminaba hacia la comunión con la otra vida, y se sintió atraído por sus propios actos y como repercutían en el entorno. Así la vista se amplió, aparecieron otros pueblos y surgió una pregunta fundamental “cuánto tiempo podría el hombre continuar viendo el pasado humano desde la perspectiva de Jerusalén” (Weintraub, 1991, p. 31)

Una posición relativizadora era lo que se necesitaba y fue lo que se logró. Se asumió que la vida humana estaba sumergida en una variable diversidad, pensando que sería más fácil y fructífero ver al hombre dentro de la historia que lo enmarcaba, que limitarse a teorizar sobre nosotros. Entre una teoría de la historia, y la posibilidad de que un yo narre esa historia con sus giros impredecibles y cambios dados por accidentes de diversa índole, ¿no sería más interesante inclinarse por la posibilidad de conocer a través de una vos con experiencia?

Terminan por relatarse historias de la individualidad, pero contextualizadas por la interacción con el mundo. Se entretajan la vida del autor y de su mundo, por muy divergentes que parezcan. La autobiografía adquirió una forma cultural potente. Hacerse consiente de los aspectos únicos de un yo lleva a aceptarnos como parte viva de una sociedad y una cultura.

Capítulo 2

Julio Ramón Ribeyro, entre Perú y Europa

Hay una perspectiva tradicional de la historia que busca considerarla desde un punto de vista aséptico, que representa de forma “objetiva” los acontecimientos que afectaron una u otra época. Por el contrario, la literatura es un vehículo que deja en evidencia la diversidad de posturas que se tejen en los sucesos que afectan al mundo. Desde inicios del siglo XIX, en Occidente se comenzó a valorar con mayor ahínco la idea de dejar testimonios escritos de las vidas, y entonces se dieron los primeros pasos de la denominada escritura del Yo. Esta escritura, dice Karl Weintraub, logró hacerse un lugar “como la forma de expresión que mejor revela el desarrollo de la concepción que de sí mismo tiene el hombre occidental.” (p. 18).

A la hora de verter la mirada sobre las obras autobiográficas nos encontramos con formas de abordar la vida que modelizan diversas “realidades”, cada una condicionada por las experiencias que afectaron al autor. Esas experiencias traen ante el ojo del lector determinados entornos políticos, culturales, económicos, literarios y demás medios que tiene el ser humano para participar en la sociedad. Para que una persona pueda dejar un relato sobre sí misma, debe contar su historia y ésta tiene relación con el mundo que lo rodea; así, en palabras de Weintraub, el hombre se reconoce como “parte viva dentro del marco de lo social, de la cultura.” (p. 33) Aun cuando el lector pueda no fiarse de aquellos acontecimientos, esa es la forma en que el autor está ejerciendo como sujeto social a través de sus páginas.

Esta relación autor-mundo es fundamental para la escritura autobiográfica. En el capítulo anterior se establecieron unas bases en cuanto al concepto de diario íntimo, sus posibilidades y límites. Posterior a ello se tocaron conceptos trabajados por Karl Weintraub y Leonor Arfuch,

para aclarar cómo afecta el ser en el mundo y el mundo en el ser. Para fines de este capítulo, pretendemos profundizar en los aspectos que remiten a los contextos que influenciaron la escritura de *La tentación del fracaso*, diario íntimo de Julio Ramón Ribeyro. Será una travesía entre las vivencias logradas en su patria y aquellas agregadas por su estadía en Europa.

El problema de los discursos oficiales: Perú en conflicto

Hyden White afirma que el ser tiene la tendencia a “decir” que va a narrar los hechos “tal como ocurrieron”, aspirando a una supuesta objetividad. Sin embargo, esta búsqueda de la credibilidad se resuelve en una selección de los hechos que se considera relevantes y, por ende, una vez más, terminan filtrándose los intereses propios del autor para con lo que se quiere contar. Esto nos lleva al siguiente problema, que se ve en la visión tradicional de la historiografía. Se asume que la historia es un hecho cerrado y hermético y sin embargo esta pluralidad de voces resulta ser la evidencia de que cada hecho tiene diversas ópticas de enfoque.

Parte de lo que define al ser es la forma en que cuenta su pasado. Cuando nos enfrentamos a la pregunta “¿quiénes somos?”, la respuesta incluye deseos, lugar de origen, nombre, edad, tal vez padres, alguna anécdota que nos marcó y proyectos, los valores que asumimos como propios y las opiniones sobre algunos temas. Resultamos mostrando todo aquello que se ha entrevistado en nosotros a lo largo del tiempo. Ahora, no es solo aquello que se hace evidente en nuestra memoria, pues por las grietas se escurren otras influencias. Tal vez de la televisión, la radio o las páginas que se suelen visitar en Internet, pues no estamos restringidos a ser influenciados solo por nuestro contexto inmediato.

Para el caso del Perú de Ribeyro, en la segunda mitad del siglo XX se dio un fuerte choque relacionado con los conflictos étnicos y de clase en Perú. Esos conflictos vivieron de diferentes formas, en diversas memorias. Misha Kokotovic nombra a Perú como una “sociedad

culturalmente heterogénea, construida sobre la división colonial entre indígenas andinos y sus conquistadores españoles.” (p. 5). Hasta comienzos del siglo XX los indígenas andinos eran grupos que vivían relativamente aislados. Los indígenas se asentaron en los Andes y los descendientes de los conquistadores, principalmente, vivieron en la Costa. No obstante, el siglo XX significó cierta modernización y ese “progreso” implicó que se confrontaran ambas comunidades, junto con sus creencias, posturas e influencias culturales. La comunidad indígena terminó por modificar lo que hasta el momento se sostenía como la conciencia nacional. Esta definición de lo que significaba ser peruano estaba delimitada por las élites criollas. El conflicto en este país se movía entre definir cuáles eran las bases culturales del país y cómo se acoplarían a la modernidad.

Afirma el historiador peruano Jorge Basadre que “el fenómeno más importante en la cultura peruana del siglo XX es el aumento de la toma de conciencia acerca del indio entre escritores, artistas, hombres de ciencia y política” (p. 2) A través de diversos autores y textos publicados entre 1940 y 1995, Kokotovic examina las formas en que se tomó conciencia de esta confrontación y las manifestaciones intelectuales.

Entre la década del 40 y el 90 se presentaron cambios drásticos en cuando a las relaciones en el campo. Como en muchos otros países se dio una migración masiva a las ciudades en busca de un mejor porvenir. Por parte de los indígenas se exigía derechos sobre la tierra, la educación y una participación ciudadana efectiva. Las élites criollas, por otro lado, sostenían que el futuro del país y el progreso nacional dependía de la integración de las comunidades indígenas a las dinámicas occidentales que dominaban las ciudades.

Esta búsqueda de los indígenas los llevó a organizarse “para defender sus tierras, asistieron a las universidades, ingresaron a partidos políticos de izquierda y movimientos

revolucionarios y emigraron de los Andes hacia las ciudades de las costas” (p. 10). No para rendirse ante el sistema occidental que pretendía reproducción la comunidad criolla, sino para defender sus intereses desde una ubicación geográfica e ideológica cercana al discurso central. No fue opción para los indígenas venidos de los Andes, aculturarse a normas extrañas para su tierra. Claro está, no todos se mantuvieron en la división indígenas-criollos, pues se desarrollaron identidades llamadas urbanas o cholas, que se movían entre las dos vías, sin entregarse de lleno a una.

Esta migración y el nacimiento de la población chola marcó la caída de un muro imaginario. Las fronteras entre las divisiones nacidas en la conquista se desdibujaban progresivamente, pero no en todos los sentidos. Dice Kokotovic en su libro *La modernidad andina en la narrativa peruana* que la definición de términos como indio, criollo, mestizo, o cholo no es el mismo hoy en día que durante el periodo colonial. Partiendo de hechos, como que la palabra cholo no existía. Agregando que el significado, depende en gran medida del contexto.

No obstante, los conflictos y escisión generada, está lejos de haber desaparecido. Más bien mutó, pues podría decirse que cada postura ha buscado nuevos motivos para mantenerse separada de la otra. La segunda mitad del siglo XX mantiene esa oposición, que pretende ser jerárquica, entre los criollo-occidentales y los indígena-andinos. Sin embargo, entre los opuestos viven una gran diversidad de identidades culturales, que se le atribuye cercanía a una u otra opinión, dependiendo del contexto.

Dado el contexto, dice Kokotovic, “este proceso de asumir una identidad, o de ser identificado, es parte integral de la lucha por el poder” (p. 45). Se busca a toda costa definir cuál posición se corona como superioridad cultural. Por este motivo, el cierre del espacio a la pluriculturalidad, es que en el Perú actual aún se percibe cada comunidad que se declara con una

cultura definida, como antagonistas. La respuesta de las comunidades indígenas ante este conflicto se mueve por la idea de negarse a acertar su país como una fantasía del Perú, como una nación blanca y europea. No obstante, tampoco quieren hacerse los sordos ante el hecho de que los españoles llegaron y por ende abre paso a plantear las formas alternativas y culturalmente heterogéneas.

A modo de resumen Misha Kokotovi toma unos hechos históricos específicos que funcionan como marco para comprender qué acontecimientos marcaron a los autores peruanos que decidieron hablar de su país, desde su experiencia.

Las secuelas de una serie de luchas populares frustradas contra el poder oligárquico entre 1915 y 1932; la dictadura de Odría desde 1948 a 1956; las luchas indígenas por la tierra de finales de los años 50 y principios de la década de los 60 que precipitaron la caída del gamonalismo andino; la transformación de Lima y otras ciudades costeñas a consecuencia de la migración masiva proveniente de los Andes desde los años 50 hasta los 80, la guerra contra Sendero Luminoso de los años 80; y el giro hacia el neoliberalismo inaugurado por las elecciones presidenciales de 1990. (p. 79)

De este período son Ciro Alegría, José María Arguedas, Manuel Scorza, Alfredo Bryce Echenique, Mario Vargas Llosa y Julio Ramón Ribeyro, quienes toman la palabra escrita y hablada para hacer notar los estragos de la “modernización” en ambos “bandos” y tratar de apostarle a una modernidad que se permita el diálogo de la heterogeneidad cultural. A su vez, develando la mentira de algunos que dice estar logrando esta convivencia de las diferencias. Para dar ejemplo de este intento por la comunión se apropian de nuevas técnicas narrativas.

Por otro lado, Cornejo Polar afirma que la literatura latinoamericana hace bastante evidente sus divisiones, de acuerdo con las condiciones específicas del entorno que la produce. Polar propone las siguientes características para definir la heterogeneidad u homogeneidad de una obra literaria. “La producción, el texto resultante, su referente y el sistema de distribución y consumo” (p. 10); la diferencia radica en el origen sociocultural de cada elemento. Cornejo ejemplifica la literatura homogénea, con la literatura urbana de los años 50, escrita por Sebastián Salazar Bondy o Julio Ramón Ribeyro:

Pone en juego perspectivas propias de ciertos sectores de las capas medias urbanas... aluden referencialmente a la problemática del mismo estrato y son leídos por un público de igual signo social. La producción literaria circula entonces dentro de un solo espacio social y cobra un grado muy alto de homogeneidad: es, podría decirse, una sociedad que se habla a sí misma. (p. 4)

Ahora, para una clasificación que parece buscar una división tan marcada, decir que “cobra un grado muy alto”, está dando pie a pensar una vez más en la posibilidad de que se mezcle algo, en este caso, dos conceptos. Para efectos de este capítulo y como autor objeto de estudio en este trabajo, Julio Ramón Ribeyro trabaja focos sociales diversos, pues su obra explora toda la geografía posible dentro y fuera de su país.

En los años 60 y 70 se dio una migración masiva del campo y a la ciudad, tema aprovechado por Ribeyro para conquistar sus primeras armas literarias en cuentos como *La piel de un indio no cuesta caro* (1961), que ponen sobre la mesa una imagen socialista, altamente influenciada por las relaciones entre élites criollas y migrantes andinos. Sitúa dos formas de pensar, a vivir la experiencia de la vida urbana.

Entre 1940 y 1960 la población de Lima se triplicó. Paso de ser poco más de medio millón de habitantes a más de millón y medio. El desmedido crecimiento demográfico estuvo más influenciado por la estancada economía rural, que por la demanda laboral de la ciudad. Hablamos de una urbanización cuando no había industrialización. El resultado fue una pobreza aplicada tanto a criollos como indígenas, todo esto dado que la economía urbana no tenía forma de generar empleo para tal cantidad de personas. Se vieron dos tipos de pobreza: aquella decadencia de las zonas que se encontraban deprimidas antes de la llegada de los campesinos y la pobreza producto de la modernización. A estas zonas se le llamaron Barriadas, que fueron lugares hacia donde fueron empujados los migrantes. “No puede considerarse igual la pobreza del tugurio, íntimamente ligada a la decadencia, de quien vale más o menos, que la pobreza de la barriada, cuya sola existencia sería inexplicable sin el significado del progreso” (p. 5)

La escritura de Ribeyro en el Perú que se moderniza

Los autores que se dieron a la tarea de dejar constancia de este paso de la narrativa rural e indígena a la urbana fueron identificados como la generación de 1950. Pero su presencia no se limita al uso de la narrativa urbana, pues estaban en busca de renovar y actualizar la narrativa peruana. Para ello se apropiaron de los avances que había logrado la narrativa occidental en general y aprovecharon la llegada de las barriadas y los migrantes andinos para elevar una crítica a la dominación de la élite criolla. Aquí es donde la escritura de Ribeyro adquiere gran fuerza, con el cuento *Los gallinazos sin plumas* (1955).

En sus cuentos parte del evidente maltrato de las élites a los llegados de “afuera” y lo mezcla con el temor de la clase media por actuar para hacerles un lugar a los indígenas y campesinos. Ribeyro, hijo de una ilustre familia limeña, cuya fortuna ya estaba reducida antes de que él naciera, desde es momento ya estaba viviendo por experiencia propia los cambios

sociales. Si bien vio ciertos cambios, también notó ciertos hechos que pareció inamovibles, declarando que su ciudad seguía igual en esencia. Julio Ortega dice que Ribeyro “plantea situaciones que tipifican el conflicto de una clase media moviéndose en el modesto inferno de una sociedad precapitalista que se moderniza sin democratizarse” (p. 45).

Como resultado de estas exploraciones tenemos una sociedad limeña hundida en la mediocridad, la desilusión y la impotencia. Pero no trata de ser exactamente un escritor pesimista en cuanto a las posibilidades, pues como dijimos, los autores buscaban mostrar cómo imaginaban ellos las posibilidades de una cultura heterogénea que lograra convivir decentemente. El mismo escritor afirmó:

Yo no me considero realmente como un pesimista, sino como un escéptico optimista. Lo que puede parecer contradictorio. Esta especie, más numerosa de lo que se cree, conserva cierta esperanza en que las cosas se arreglen, en que todo no puede ir para mal en este mundo, en que el hombre a fuerza de padecer y perecer terminará por encontrar una forma de vida compatible con sus anhelos esenciales y que inventará finalmente una sociedad viable. ¿Cuál? Como escéptico no puedo indicar ninguna receta, como optimista creo que la receta existe. (p. 2)

Los personajes de Ribeyro luchan por sobrevivir en una ciudad que se destruye a sí misma. Los protagonistas de *Los gallinazos sin plumas* hurgan en los basureros de las élites y los de *Al pie del acantilado* logran establecer su casa en un terreno baldío al pie del acantilado, pero poco tiempo dura la “felicidad”, antes de ser desalojados por el gobierno. Ambos cuentos muestran que sus personajes desamparados tienen que dejar atrás el mundo en el que viven para “comenzar de nuevo” seguramente en un lugar que les recordará su caos.

El cuento donde deja ver una vinculación cultura clara es en *La piel de un indio cuesta caro*. Se trabajan las diferentes relaciones entre migrantes andinos, la clase media y la élite criolla. Es este cuento el que deja la acusación de Cornejo sobre la evidente homogeneidad de la narrativa de Ribeyro, pendiendo de un hilo o de ninguno. Ahora, tampoco se puede desconocer que la sociedad que Ribeyro busca representa, no es únicamente los referentes indígenas, pues ya hay varios exponentes de estas comunidades y pocos, de aquellos otros escenarios y personajes dignos de contar.

No es solo la narrativa ficcional la que se encarga de mostrar lo que cruza por los sentidos de Ribeyro. Entre 1992 y 1995 se publicó el diario íntimo de este escritor peruano, llamado *La tentación del fracaso*. Cuando hablamos de esos otros espacios y personajes dignos de contar, nos referíamos a que Ribeyro no se limitó a la geografía de su país y pasó por Madrid, París, Múnich, Hamburgo, Berlín y Fráncfort. Ni su cuerpo, ni su escritura se quedaron estáticas. Ramón Ribeyro no se atreve a llamarlo exilio o auto exilio, se limita a hablar sobre su larga estadía por fuera:

Simplemente ha sido una serie de circunstancia, de encadenamientos, de fenómenos azarosos, que me han ido permitiendo estar en país tanto tiempo. [...] Pero nunca tenía la sensación de ser un exiliado, en absoluto. Yo lo comprendo porque he conocido a muchos exiliados –verdaderos exiliados políticos y verdaderos exiliados voluntarios- que tenían una serie de problemas, problemas de desarraigos, problemas de adaptación al medio [...] yo he sido muy resistente, muy impermeable, para integrarme al medio. (p. 1)

Constantemente se categorizan los personajes de Ribeyro como marginales. Él mismo se siente marginal respecto a su vida. Es idea de estar al lado de lo convencional, de lo estipulado se refleja en su diario íntimo. “A mí me ha gustado estar en la línea, en frente de la talla; me gusta estar un poco en retirada” (p. 3)

De las diversas entradas del diario, el 22 de abril de 1978 resulta especialmente interesante. En esa, Ribeyro se impone la idea de que ya ha dado lo mejor de sí como escritor. Nombra como su mejor escrito *Prosas apáticas*. En esto decidido luego de una relectura de su obra. Tal vez invadido por la emoción de regresar a sus pasadas glorias “son textos que me sobrepasan, quiero decir que son mejores que yo” (p. 8). Debió ser inspirador, como afirma Alberto Giordano en su ensayo:

En Perú muchos jóvenes frecuentaban y discutían el libro con admiración porque encontraban en los fragmentos reunidos en él un punto de vista penetrante y sin concesiones, perfilado por el escepticismo y la ironía, sobre los meandros y las costumbres del alma que se resiste a las supersticiones de la vida en sociedad o que cae vencida bajo su influjo (p. 20)

Tal como Ribeyro se considera marginado, el mismo diario íntimo es un género también llevado contra las cuerdas. Como dijimos al principio de este capítulo, la historia desligada de miradas tradicionalistas, acepta que la historia es el mundo narrado desde los ojos de muchos. Los hechos suelen ser contados por los “vencedores”. Pero ahora, los vencedores no siempre tienen prioridad y cualquier relato, por sencillo que parezca se puede contar. En su diario Ribeyro se permite gozar de autonomía, para escoger y relatar lo que salido de su experiencia adquiere algún significado en el mundo.

Como casi todo autor peruano su país le dio un amplio abanico de temáticas para pulir su escritura. EL conflicto criollo, clase media, barriadas e indígenas de los andes fue una gran marca. No obstante, también se dio el tiempo, para realizar una introspección en inventario en cuanto a su producción escrita.

Este año que termina ha sido para mí, desde el punto de vista literario, un año de infecundidad. Aparte de mis artículos sobre diarios íntimos y Thomas Mann, aparte de las cien páginas de mi novela, no he escrito nada que valga la pena. El año pasado en cambio dejé expedito para la imprenta mi volumen de cuantos *Los gallinazos sin plumas*. Esta infecundidad me hace afrontar con desconfianza mi destino literario (p. 15)

El diario íntimo explora la singularidad expuesta en el mundo. Un ser que se instala en la individualidad, se ausenta del ritmo frenético y sin gusto de las masas. Se vuelve protagonista de un libro que al lector ya se le ha avisado, solo tiene las reflexiones y anécdotas de la vida de otro.

Ribeyro en Europa, viaje a las otras fronteras

Más de 6 años duró el primer viaje que Ribeyro realizó a Europa. El 14 de noviembre arribó a Barcelona, después de un viaje de 26 días en barco. Luego se fue a Madrid para realizar estudios sobre periodismo en la Universidad Complutense. Allí escribió algunos cuentos y artículos. Al año siguiente cuando su beca se dio por terminada, viajó a Paris y se radicó en el barrio Latino, pretendiendo presentar una tesis sobre literatura francesa en la Universidad de la Sorbona. Es en esta ciudad donde el escritor peruano escribe la primera entrada de su diario, estando fuera de su patria. El escenario parisino vio nacer su primer libro, titulado *Los gallinazos sin plumas*.

A la par abandonó sus estudios y se dedicó a sobrevivir en Europa gracias a trabajos eventuales. Paso parte de su vida entre Paris, diversos territorios de Alemania y Bélgica, hasta que en 1955 se hizo acreedor de otra beca en Múnich. Aquí escribió su primera novela, titulada *Crónica de San Gabriel*, publicada en 1960. En 1956 retornó a Paris, pues sentía una atracción tóxica hacia esta ciudad. Un año duró su estadía, pues en 1957 viajó a Amberes, para trabajar en una fábrica de productos fotográficos. Su nomadismo lo llevó de regreso a Alemania en 1958, viviendo en Berlín, Hamburgo y Fráncfort. Para sobrevivir en Europa, Ribeyro trabajó como reciclador de periódicos, conserje, cargador de bultos, vendedor, entre otras labores. Este mismo año viajó de regreso a Lima. En 1961 volvió a pisar Paris, sin embargo, esta vez su vida laboral también se vería abocada sobre su labor como escritor, pues trabajó durante 10 años como periodista. También se desempeñó como consultor cultural, primero en la embajada peruana en Paris y posteriormente para la UNESCO. Este es un breve recorrido por la vida de Julio Ramón Ribeyro, por el segundo continente más pequeño del mundo.

Aún en Europa sus relatos tenían su mirada sobre Lima, al menos lo que recordaba de ella. Aun cuando pasó tantos años lejos de tu país, cada persona, situación, idea, imagen y demás, parecían remitirlo primero a la marginalidad y urbanidad de su patria, para alimentar su escritura e inconformidad. Hechos de importancia histórica para las tierras que lo acogieron, parecieron tener poca o nula importancia en su diario vivir. Ribeyro estaba ocupado viviendo en un mundo pequeño y triste, lleno de hambre, dificultades económicas y emocionales, pero no por la realidad social del momento sino, tal vez, por cierta rebeldía contra la vida.

La estadía en Paris mostraba gran interés por estar atento a las evidencias que dejaban los otros sobre su forma de ocupar el mundo. En la entrada de su diario del 7 de agosto, Ribeyro destacaba lo siguiente:

Ayer J.A. me invitó a su departamento, situado en Neuilly, cerca del boque de Boulogne.

Una sola pieza, más baño y cocina, pero adornada con tanto gusto que muy bien podría exhibirse como un modelo de decoración. [...] Después de tanta magnificencia nos pusimos a conversar.

Conversar no es el término apropiado. Él habló todo el tiempo; habló de París, de Roma, de Londres, de modas, restaurantes y museos, con la facilidad de un hombre mundano y supercivilizado. (p. 22)

Una de las pocas referencias sobre la sociedad francesa lleva nuestras miradas al 20 de agosto “La gran huelga francesa entra en su decimoquinto día sin tranzas de concluir, extendiéndose más bien hacia la industria privada. Graves perjuicios para mí, que no recibo de Lima cartas ni dinero. Situación de indigencia.” (p23-24)

La huelga de la que habla Ribeyro remite al levantamiento de la clase obrera, contra la burocracia y el gobierno en el año de 1953. Algunos periódicos lo denominaron como el levantamiento de los sindicatos de izquierda. Sin embargo, el diario no contó con algún comentario concienzudo sobre los hechos.

Es en la entrada del 2 de diciembre, cuando luego de hablar sobre su estancado qué hacer literario, declara que diálogos recientes lo llevaron a prestar más atención a los problemas sociales. Sin especificar mucho más, lleva la atención hacia sus lecturas: “He observado que en mi pequeña biblioteca hay ya algo de literatura comunista. Emocional y racionalmente me aproximo cada vez más al marxismo.” (p. 29) Aclarando su negativa a impregnar su obra de posturas políticas “Puedo llegar a la crítica social, a la pintura descarnada y sin complacencia, pero no me siento autorizado para plantear soluciones ni tengo fe suficiente en ellas para aconsejarlas.” (p. 29)

En otro apartado del diario, fechado el 1 de abril, el escritor peruano explica su distanciamiento desde perspectivas emocionales. Relata que la felicidad consiste en la pérdida de la conciencia y la conciencia equivale al constante estado reflexivo sobre el amor, la religión, el arte, entre otros temas. “Necesitamos tener conciencia de nuestra felicidad para que esta tenga alguna significación. Pero apenas nos percatamos de nuestra felicidad ésta desaparece...” (p. 34) Una vez más, pasa sobre el estado de su contexto y regrese su mirada al interior.

Si bien hizo pocas referencias a referentes económicos o políticos, el escenario literario no le fue indiferente. El 27 de agosto, registró en su diario que la escritora de 18 años Francois Sagan, había publicado su novela maestra. Expone su incapacidad para publicar algo de la misma taya, dado que su bagaje cultural le impone taras. “La novela es un producto social, no individual. Brota del genio colectivo, de la herencia cultural acumulada durante siglos.” (p. 38-39) afirmando que Sagan llevo a buen puerto el capital que los genios narrativos franceses acumularon a lo largo de la historia. Terminando por decir que “para un sudamericano más fácil es hacer una revolución que escribir una novela” (p. 39)

Ribeyro contaba con conocidos que lo conectaran con el mundo. El 27 de agosto, el filósofo peruano Víctor Li Carrillo estuvo de paso por París. Sus charlas iniciaron en Stendhal. Aunque acusándolo de frívolo a la hora de hablar “sobre el amor, el dinero, la política...” (p. 44). No puede desconocer la capacidad de este académico para vincularlo con el afuera “Ahora en Madrid al conversar con él y al escucharlo conversar con otras personas he observado cómo su palabra es precisa, cómo su reflexión es profunda, como su información es exacta.” (p. 55-56)

No obstante, el diarista peruano no estaba muy preocupado por como él dijo <<estar al tanto>>, afirmando en la entrada de su diario del 28 de febrero “Para formarse hay que

informarse. Yo anhelo lo primero sin someterme al sacrificio de lo segundo. Grave error que debo corregir a la brevedad” (p. 57)

La supuesta desinformación a la que se sometía Julio Ramón Ribeyro se quedaba corta cuando de su patria se trataba; al menos sus cuentos dejaban notar una minuciosa visión de la sociedad peruana ¿Será que la conciencia histórica de Ribeyro se quedó del otro lado del océano Atlántico?

Capítulo 3

Julio Ramón Ribeyro: reconstrucción de un mundo en *La tentación del fracaso*

Sobre la obra de Julio Ramón Ribeyro suele ser constante la afirmación de que la memoria tiene gran importancia como eje estructurador. Decir la *memoria* remite a terrenos enormes, algunos inexplorados; en el caso de Ribeyro se habla del uso de la propia vida como ese recurso primordial. El interés evocativo, el trabajo de recuperar el pasado personal para potenciar su labor creadora, no es gratuito. A muy temprana edad el escritor se relacionó con la lectura de diarios íntimos. En la introducción del suyo cuenta que “a los catorce o quince años leí el de Amiel [...]. El libro me apasionó y a partir de entonces leí cuanto diario cayó en mis manos...” (Ribeyro, 2003, p. 1). En aquella primera obra autobiográfica, este futuro diarista tuvo su encuentro con uno de los principales enigmas del ser humano: preguntarnos quiénes somos y por qué somos eso.

Aquellos que deciden incursionar en el género autobiográfico suelen ser acusados de escribir motivados por la autocomplacencia, el deseo pequeño burgués de reconocimiento y la exigencia de ser visibilizados. No obstante, de acuerdo con el perfil que Ribeyro construyó de sí mismo en la mayor parte de su diario y las afirmaciones de aquellos cercanos a él o que lo estudiaron, su personalidad resulta bastante alejada de estas intenciones. Milagros Sánchez Arnosi (2007) afirma en un artículo publicado en los *Cuadernos Hispanoamericanos* que Ribeyro vivió con el afán de pasar inadvertido y un desdén por el prestigio y la fama. Esto se hace visible, por ejemplo, en la entrada de su diario fechada el 11 de octubre de 1954: “Me causa sorpresa enterarme por recortes que me envían de Lima que la crítica de casa me considera como el mejor cuentista joven del Perú. [...] ha bastado para rodearme de una aureola de escritor de

talento que soy el primero en poner en duda.” (Ribeyro, 2003, p. 40) Se conjuga el creer parecer más de lo que él ve todos los días en los espejos, y el temor a la aparente responsabilidad adquirida de forma intrínseca del reconocimiento.

Ahora, aún con toda la crítica que se vierte sobre el género autobiográfico, para Ribeyro éste fue el puente que lo llevó a apreciar el valor y la potencia de la escritura y a la literatura misma. Ésta le dio cabida a la memoria en el mundo a través de soportes físicos. Así como en el resto de la literatura, este escritor vio en lo autobiográfico la oportunidad de retratar la condición humana. En la escritura, encontró un instrumento con la flexibilidad suficiente para expresar su visión de mundo; tan cambiante como él mismo. Para Ribeyro escribir fue “acceder a un conocimiento que nos permite aprender una realidad que hasta el momento se nos presentaba en forma incompleta, velada, fugitiva o caótica. Muchas cosas las conocemos o comprendemos solo cuando las escribimos.” (Como citó Sánchez, 2007)

Si bien halló en la escritura una figura trascendental, sus ojos no estaban sobre los grandes acontecimientos; prefirió ser un “observador de lo cotidiano, del pequeño detalle.” (Sánchez, 2007, p. 180) Lo destacable lo encontró en los transeúntes que veía desde la ventana de alguna pensión, las personas que ocupaban la mesa vecina en el café, el vecino de la habitación del frente, a quien de vez en cuando se encontraba en los pasillos del hotel, los encargados de recoger la basura. Desde ese “descentramiento, ese escribir desde el margen” (Pérez, 1994, p. 273) es donde usualmente Ribeyro concebía su mundo interior y lo relevante del exterior.

Ya planteada la importancia de la escritura y lo autobiográfico en Ribeyro, a la vez que nombramos algunos de sus catalizadores, enfocaremos este tercer capítulo en rastrear e interpretar a través de *La tentación del fracaso*, aquellos temas que marcaron lo íntimo y lo

social en este escritor. No se deben leer estos últimos dos conceptos como separados, pues lo interesante será ver cómo cada uno intervino en el otro. Exploraremos su autodenominada incapacidad para vivir, su nomadismo y por ende el valor de los viajes, su relación con las mujeres, la literatura que lo influenció, sus pensamientos sobre los latinoamericanos, el valor que le daba a su diario y a los diarios de otros, entre otros temas. Retomaremos a Arfuch a Weintraub y el concepto central de esta tesis que es la conciencia histórica, para lo cual podrá ser necesario regresar al contexto histórico sobre el tránsito entre Perú y Europa, ya expuesto en el segundo capítulo.

Consideraciones del diario íntimo: una perspectiva sobre sus génesis

Ramón Chao (2003), en el prólogo al diario de Ribeyro, le atribuye a esta modalidad textual la utilidad de confidente, médico y consolador. Destaca un gran potencial para sanar, pero ¿por qué sanar? y ¿sanar qué? Podría ser la melancolía que se genera al evocar diversos recuerdos y verlos casi que immortalizados en el papel. Damos pie a un monólogo interior con el ánimo de reencontrarnos y reconquistarnos, pues tenemos la oportunidad de darle forma a nuestra fragilidad y confrontarla, aunque no siempre seamos vencedores.

Si bien reconoce varios aspectos positivos, el diario íntimo está lejos de ser altruista para Ribeyro. Aun cuando está poco interesado en esta característica, nota que, en caso de perder esa lucha, la vanidad se vuelve protagonista y terminamos por atribuirnos más importancia de la adecuada. Si es así, estaremos dándole un sentido peyorativo al diario “al mismo tiempo, significa desconocer su propio valor. << ¿No te preocupa escribir desde hace treinta años para haber alcanzado tan minúscula celebridad?>> <<Por supuesto. Me gustaría escribir treinta años más para llegar a ser completamente desconocido>>” (Ribeyro, 2003, XI)

Asumiendo el diario por otra vía de interpretación, Ribeyro (2003) afirma que lo escribe a partir de la culpa. Creamos un depósito para los tormentos y así aligeramos nuestros hombros, confiando en un cuaderno. Desde la primera entrada del diario, fechada el 11 de abril de 1950, se encuentran evidencias esta afirmación: “Se ha reabierto el año universitario y nunca me he hallado más desaminado y más escéptico respecto a mi carrera.” (Ribeyro, 2003, p. 5) Junto a la culpa se habla de confesión, similar al rito católico no obstante sin esperar un castigo para enmendar las faltas. Confrontamos al individuo que más temor y curiosidad nos da ver a la cara, nosotros. “¿Por qué estaré hoy tan decepcionado? Sin dinero, sin éxitos, sin amores, mis días van cayendo como las hojas secas de un árbol. Rodeado de oscuridad, de cenizas.” (Ribeyro, 2003, p. 6) Tememos la posibilidad de leer las más descarnadas formas de ver nuestro mundo.

Luego de una relectura de su diario, Ribeyro (2003) creyó “haber encontrado la razón intrínseca de los diarios íntimos: tenerse a sí mismo por interlocutor.” (p. 80), mas no para tener la seguridad de comprender-se en las páginas, al menos de forma inmediata. Cada fecha anotada retó la percepción que construía de sí. Se lee y sorprende, emociona o asusta con los límites visitados y tal vez cruzados. Él se encuentra una tarde de 20 de noviembre con un aspecto de sí, que parecía olvidado: “Después de mucho tiempo he tenido esta tarde la experiencia del deber. A las tres de la tarde me senté en mi escritorio y hasta ahora -son las once de la noche- no he despegado los codos de la mesa.” (Ribeyro, 2003, p. 89). Podría parecer fútil para otros, pero él se conoce y desconoce en ese instante. “Yo mismo cuántas veces me he sorprendido de hallar en mi diario párrafos oscuros, que sólo un poderoso esfuerzo de memoria me ha permitido desentrañar.” (Ribeyro, 2003, p. 30)

Para Ribeyro (2003), “todo diario íntimo es también un prodigio de hipocresía.” (p. 29) pues entre líneas se ocultan las verdaderas intenciones de los hechos escritos. Pero eso volvería

hipócrita al diarista, no al diario. Diría que no es la palabra adecuada, pues retorcer un poco el lenguaje y las ideas, no implica querer engañar o fingir. A veces las anotaciones terminan con sugerencias de ampliar un tema o preguntas que un tercero no sabrá si son retóricas o de verdad hacen parte de la búsqueda del diarista. “Las páginas se cubren de ilusiones, de un simbolismo personal...” (Ribeyro, 2003, p. 30) La incertidumbre y el truco es para todos.

El último origen que Ribeyro encuentra para el diario es la soledad, idea en la cual aparentemente concuerda con Arfuch, pues si recordamos, el origen del género autobiográfico se dio en gran medida cuando el ser humano tuvo que llevar algunas de sus pulsiones a los espacios más profundos de la casa: la alcoba, la oficina, el baño. Allí podría encontrarse usualmente solitario. Decimos que aparentemente están de acuerdo, porque Ribeyro deja la soledad de la mano del ser incapaz de vivir en sociedad, de llevar responsabilidades como el matrimonio y la familia, junto a la escritura de un diario. Estas personas que viven mezcladas con los otros están ocupadas “en vivir por y para los demás” (Ribeyro, 2003, p. 30), y esta idea la refuerza, diciendo de forma constante que estar ocupado escribiendo sus reflexiones y recuerdos, no le permite vivir en el tiempo presente y por ende todas las noticias le llegan tarde.

La última acepción sobre el diario que Ribeyro escribe en él alude al motivo por el cual éste tiende a la ilusión del infinito. El final seguro de un diario es la muerte y no tenemos poder sobre ella. Tal vez a medio camino se deje de escribir, por diversos motivos, pero está latente la oportunidad de retomarlo. El 19 de octubre de 1951; el 3 de agosto de 1953; el 10 de mayo de 1956, y el 22 de febrero de 1958 son las fechas en las cuales Ribeyro suspendió la escritura de su diario tan solo en los primeros 9 años de los 33 que componen el libro publicado; sin sumar las veces que declaró estar tentado a dejarlo y preferir reducirlo a cenizas.

Pese a que son apreciaciones de Ribeyro nacidas desde su experiencia como lector asiduo de diarios, llegando a ser reconocido como un erudito de éstos, no dejan de ser comentarios generales; elementos que le parecen intrínsecos. Pero, ¿qué particularidades posee la escritura del suyo? ¿Qué significa para él y qué lugar deseaba darle?

Ribeyro ubica los primeros recuerdos y reflexiones hechos de forma seria a finales de los años 40. Estuvo motivado por el deseo de imitar aquella afición adquirida en su juventud, la lectura de diarios de forma indiscriminada. “Diarios de poetas, de pintores, de músico, de políticos, de viajeros, así como de cortesanas, de policías o de rateros.” (Ribeyro, 2003, p. 1) Pero serán las anotaciones producidas desde finales de los años 50 las que él decidirá compartir en el libro publicado bajo el título de *La tentación del fracaso*. Antes de eso, eran hojas escritas a máquina y otras en computador, guardadas en carpetas “con anotaciones al margen en bolígrafo, subrayados y notas (Gamboa, 2003, p. XVI).

Tal como dice Béatrice Didier (1976), el diario íntimo posee gran maleabilidad, pues se da la licencia de incluir elementos como recibos o borradores. Ribeyro no fue la excepción, ya que en las carpetas donde guardaba sus reflexiones también se encontraban recortes, artículos y dibujos, aunque no vieron la luz en la versión publicada en 2003. Esa apertura a las posibilidades y el desorden de Ribeyro, como con cualquier otra producción de escritura que aborda tu mente en momentos inadecuados, puede causar estragos y traumatismos en la secuencialidad, aunque en últimas esa palabra no tenga tanta relevancia para el diario íntimo. “12 de abril: Interrumpido este diario por espacio de un mes. Causa pueril: se me terminó el cuaderno donde lo escribí. Ahora mismo escrito estás líneas sobre un papel cualquiera que, como de costumbre, terminará traspapelándose.” (Ribeyro, 2003, p. 102)

En la tercera página del diario aparecen apreciaciones nada prometedoras sobre la “locura de haberlo comenzado” (Ribeyro, 2003, p. 9). Solo halla decepciones e insipidez en la materia prima del diario tanto por la poca profundidad intelectual de sus recuerdos, como por un estilo de escritura indeseado. Ahora bien, no podría decirse que está equivocado en cuanto al valor que les da a sus recuerdos, pues no se le puede decir a otro qué sentido darle a sus memorias. Sin embargo, es evidente que esta categorización despectiva responde a factores emocionales, pues las entradas de un diario íntimo no se evalúan y menos con criterios de ser elocuentes o proponer un elevado discurso. Lo que se lee en cada anotación es la cotidianidad del individuo, sus alteraciones y simplezas. Puede que se generen unas expectativas ligadas a la identidad del diarista, pero estas se invalidan si tenemos en cuenta que cada fecha adquiere su máximo significado en el momento que se escribe, luego puede fácilmente ser un conflicto superado y morir en algún naufragio de la mente.

Ribeyro escribió una carga de 640 páginas. ¿Fue eso un fracaso y una derrota? ¿Acaso su vida le pedía ser contada en contra de su voluntad? La respuesta a ello aparece en el motivo de su escritura y al menos en un principio, exigía utilidad por parte de ésta, pues “No me ha de servir a mí ni a nadie.” (Ribeyro, 2003, p. 9) La soledad, la culpa y la hipocresía parecían no ser suficientes para dotarlo de la voluntad de escribir. No obstante, la empresa no fue abandonada y el paso del tiempo logro dilucidar aquello contra lo que luchaba el diarista, el miedo. El 20 de mayo de 1951, a Ribeyro (2003) le fue confirmado por Gregorio Marañón un temor presentido, “<<Todo diario es un lento suicidio.>> Soy muy cobarde para quitarme la vida.” (p. 13) Temía a quedarse suspendido en un espacio lleno de ayer y por ende con un hoy y mañana oscurecidos.

Así como fue repetitivo su “deseo” de dejar el diario, la misma cantidad de veces sucumbió ante la ya creada necesidad de leerse: “Cuando uno se ha acostumbrado al diálogo

interior, es doloroso interrumpirlo” (Ribeyro, 2003, p. 13), y vuelve la culpa, la de tratar de mentirse en su último refugio, las páginas del diario. Acusa al recuento de su vida, de quitarle la fuerza para afrontar lo que está delante de él, en cambio de aceptar que su brío está enfermo desde mucho antes. Sin embargo, tomar la pluma de nuevo, tampoco es garantía de una cura. Su esencia se diluye, pero tiene fe en que el diario proveerá las márgenes que los mantenga: “Debo esperar, sin embargo, mantener a la expectativa y ponerme en las manos de la sola casualidad.” (Ribeyro, 2003, p. 13) Concluye vacilante el día 19 de octubre de 1951.

El desencanto de escribir su diario usualmente llegaba luego de hacer relecturas de aquellas páginas archivadas o entregarse a la lectura de otros *journals*. Como se había dicho antes, solía quedar desilusionado de lo escueto que le parecía el contenido de su vida y escritura: “Hay en él diez páginas bien escritas que justifican.” (Ribeyro, 2003, p. 9). Se sumaban aquellas ocasiones donde dejaba de pertenecerse. La empresa de escribir y reflexionar sobre los recuerdos se veía truncada por el amor o atisbos de éste, ya que “el amor correspondido implica la destrucción de la intimidad. En otras palabras: entre los amantes se produce una fusión de intimidades. En estas condiciones sería imposible llevar un diario íntimo, salvo que...” (Ribeyro, 2003, p. 66) se sofocara el amor y así, viéndose separada el mundo interior, se recuperaría de a pocos la autonomía y propiedad del yo. Ni C, Mimi o AC lograron tensar lo suficiente el deseo de Ribeyro por escribir(se), como para que este no creara una doble vida, entre los diálogos sostenidos con ellas y los sostenidos con sus cuadernos.

A la vez que Ribeyro se interesó por escribir, también fue un lector entregado a ellos. Kafka, Ernst Jünger, Charles Du Bos, André Maurois, André Guide, Barbey d’Aurevilly son autores de algunos de los diarios que pasaron por las manos, ojos y mente de Ribeyro. Todos sumaron admiración y frustración a su universo. En ocasiones la vida y no vida parecían reírse

en la cara de Ribeyro. Le costaba vivir en el mundo y le costaba vivir con el diario, ocupando la nulidad y ahogándose en extremos estados meditabundos. El agobio tocaba la puerta de la mano de los más inesperados: “Ayer me prometí dejar este cuaderno por algún tiempo. La razón no fue determinada por mi propósito de <<vivir hacia el exterior>>, sino por el estado infinitesimal al que me redujo la lectura del tomo III del diario de Charles Du Bos.” (Ribeyro, 2003, p. 87). Sus referentes en la autobiografía le sugerían y presentaban campos de reflexión absorbentes y con la poca fe que se tenía Ribeyro, indescifrables. Resultaba más productivo leer otro, que tornar la mirada sobre sí mismo.

No he encontrado hasta el momento un *journal* donde haya acumulada tanta inteligencia en <<estado puro>> [...] Me da la impresión de que Ch. Du Bos respiraba por el cerebro, es decir que vivía en un constante proceso de inspiración y expiración de ideas, cuya interrupción podría ocasionarle la asfixia. (Ribeyro, 2003, p. 87)

Titubeante se volvió la pluma de Ribeyro, empujado por aquellas mujeres que, amadas y queridas, no logró conservar. Junto a un escribir(se) aparentemente malogrado, en comparación de aquellos autores que alcanzaron su cúspide, al menos ante los ojos de este escritor peruano.

La tentación del fracaso estuvo constantemente agonizando en el hilo del sentido perdido. Acciones automáticas y repetitivas llenaban páginas, la reflexión y el recuerdo quedaban flotando sobre el diario, siguiendo el camino de la mirada de Ribeyro, que se perdía a veces, por la ventana su habitación: “Me he levantado a medianoche para encender un cigarrillo y llenar lagunas cuartillas de papel.” (Ribeyro, 2003, p. 105) ¿Cómo contarle algo a un cuaderno, cuando aparentemente no tienes nada para contarte a ti? Y caer en la cuenta de dicho automatismo lleva a la angustia, que se encadena con la explosión de pensamientos inenarrables.

“Proliferación de ideas, pero incapacidad para transcribirlas” (Ribeyro, 2003, p. 105). De la angustia se pasa a la aversión por los recuerdos que ya no caben ni en la categoría de nimiedad, pues en la escritura mecánica no cabe la evocación significativa o reflexiva, solo queda el reposo del sinsentido.

Ribeyro hablaba con antipatía hacia su diario. Acostumbraba un desdén que buscaba enmascarar el temor de perder de vista el presente cada vez que su bolígrafo, pluma o lápiz tocaban el cuaderno. Los nuevos amores, amistades, charlas y proyectos, perdían lo novedoso y en cambio ganaba una fecha que los ubicaba en la cronología transcurrida de su vida. El recelo y curiosidad hacia nosotros mismos, dicho por Ribeyro (2003) en la entrada del 3 de agosto de 1953, de la siguiente forma: “No es que quiera girar en semicírculo para volver a encontrarme conmigo mismo, como en el pasado.” (p. 21), era constantemente retado por un yo que no quería renunciar al ayer y otro yo que encontraba en el diario parte de su quehacer literario, pues la pérdida de una buena trama, personaje o idea, era devastadora: “Quiero tan sólo anotar algunas impresiones fugaces que más tarde placería recordar [...] Momentos preciosos para mí ha muerto o yacen confundidos en la maraña de mis recuerdos.” (Ribeyro, 2003, p. 21). Así fue como dándole lugar a las otras expresiones de su persona, Ribeyro fue matizando las posibilidades e imposibilidades del diario.

Una nueva relectura confirmó esa apertura y reconocimiento del potencial conjunto de la vida y la literatura, sin elevar sus sueños y deseos a estratos presuntuosos, pasando de una guerra contra su diario, descrita en términos de “aniquilar al enano maléfico y devorador del diario, de la introspección, del registro mortal de mi persona.” (Ribeyro, 2003, p. 221), a la búsqueda de la retroalimentación y no solo del descarte de sus memorias:

Empecé en el cuaderno más viejo: el del año 1950. Hace algún tiempo destruí los de los años 47, 48 y 49 [...] El cuaderno verde de París es interesante, pero tiene mucha basura. El cuaderno verde de Múnich es flojo. Sólo entonces comencé a darme cuenta de que el diario formaba parte de mi obra y no solamente de mi vida.” (Ribeyro, 2003, p. 209-210)

Cerrando este recorrido por las consideraciones del diario íntimo halladas en la *Tentación del fracaso*, pasaremos a la búsqueda y reflexión de esos temas que fueron constantes en las entradas anotadas por Ribeyro, alimentando un quehacer literario fundado en el aprovechamiento narrativo de la propia vida.

Un mundo interior: entre el reposo y el desasosiego

Ribeyro en ocasiones buscó y en otras fue sometido a las fuerzas transformadoras del viaje. Tiquetes de tren, pasajes de avión, un barco cruzando de un continente a otro, paseos por las calles y parques de alguna ciudad, la mente que vuela por alguna ventana o balcón y las lecturas que lo enviciaron. Su ser se formó y deformó visitando tanto los recuerdos frescos, zonas oscuras o límites de su ser, como las fronteras geográficas y políticas halladas en el mapamundi. El interior y exterior se esculpieron en un cuaderno que, llenando con tinta hoja por hoja, fue destinado a atesorar altas pasiones, reflexiones furtivas, deseos e imponentes discursos.

El mundo era pequeño para el escritor peruano y resultaba agobiante. La complejidad de éste parecía indescifrable y aplastante, pues limitaba la búsqueda primordial de saber quién era y quién quería ser. La solución a su apresamiento la encontró en la huida, el nomadismo, el vagabundeo, la trashumancia o demás formas en las que se pueda llamar al desplazamiento; todo dependiente de los intereses que lo llevaron salir del país o bajar al subsuelo de su conciencia. Cada viaje propiciaba visitas, paseos, excursiones, momentos estáticos en la silla de algún

transporte, citas de trabajo o la posibilidad de asistir a algún congreso. A su vez, esas eventualidades le permitieron a Ribeyro hablar, escuchar, ver, sentir, aprender y desaprender para extender nuevas raíces en diferentes sentidos: amor, frustración, enfermedad, quehacer literario, familia, patriotismos, migración, política, cultura y demás aspectos que conforma el universo de cada ser.

Él relaciona de forma constante su vida con la decepción y el sometimiento. Una existencia que, aunque la declarara como suya, la sentía ajena. En Perú, donde creció, no le parecía que sus elecciones, derrotas y victorias construyeran lo que quería ser, pues eran más respuestas a la tradición familiar que a su voluntad. Entonces: ¿cómo hallar rutas, si la vida se reducía a cumplir expectativas y se dejaba de lado la exploración del sujeto? La respuesta fue la distancia y el desprendimiento. “Solo ansío viajar. Cambiar de panorama. Irme donde nadie me conozca. Aquí ya soy definitivamente como ha querido que sea.” (Ribeyro, 2003, p. 6) Allá, en el otro lado, tal vez se encontraría con vestigios de su ser como querían que fuera, pero sería más sencillo ignóralos, la cadena no tendría la suficiente fuerza para mantenerlo a raya. “Conforme me aleje irán cayendo mis vestiduras, mis etiquetas y quedaré limpio, desnudo.” (Ribeyro, 2003, p. 6)

Sin embargo, la duda no se erradica con cruzar de un país a otro y menos cuando te sabes tan frágil. Para un hombre que se asumía débil, cualquier brisa se convertía en huracán. Pararse un momento a pensar desembocaba en jornadas de flagelo psicológico y físico ¿Cualquier lugar sería ideal para “comenzar de nuevo”? Lo importante no sería el dónde, sino el cómo se asume el nuevo lugar. Al fin y al cabo, desde cualquier parte podría dejar pasar sus días como hojas cayendo en otoño, pues alguien “inferiormente dotado para la lucha por la existencia.” (Ribeyro, 2003, p. 7) arrastraría por todas partes una vida que define como equivocada. Buscar su terreno,

aquel lugar donde pueda “hacer con paciencia y gusto.” (Ribeyro, 2003, p. 7) sería entrar a un juego enfermizo y repetitivo, arrastrar una roca como Sísifo. Ribeyro parecía sufrir de una nostalgia eterna, extrañaba todo, hasta lo que pudo ser.

¿Y si la elección es errónea y sales de un lugar que sientes ajeno, para llegar donde no eres bienvenido? No obstante, resulta terriblemente complejo sentirse bien cuando la residencia que te recibe es un lugar frecuentado por tantos otros: un cuarto de hotel carece de la disposición para guardar la esencia de alguien, por mucho tiempo que llegue a pasarse en él; el mismo día de la partida, una mucama quita las sábanas, las fundas, limpia el polvo; desapareciendo la marca dejada por algún objeto que tal vez nunca moviste de su lugar en todo el viaje, barre y trapea, lava los baños, pone nuevas barras de jabón selladas, cambia las toallas y saca las bolsas con tu basura. Una habitación del hotel tenía todo el poder para incomodar y arrollar las nuevas determinaciones de Ribeyro (2003): “No hay una repisa donde poner libros, ni un escondrijo donde sepultar la maleta para evitarnos la impresión de ser los eternos viajeros.” (p. 228). Se instala una nota pegada en su mente, como en el escritorio del computador, recordando la condición de extranjero. Persona que no era nada ahí, pues su pasado estaba a kilómetros de distancia.

Incluso cuando se presentaban tales vaticinios de fracaso, Ribeyro perseguía ese desconocimiento de su presencia, buscaba un lugar donde fuera nada, para trabajar en ser alguien. Tal vez insignificante para los demás, tal vez vistoso, pero ser lo que él escogiera. La habitación podría decirle “<<Extranjero, te consiento que duermas, pero vete lo más pronto que puedas y no dejes el menor recuerdo de tu persona.>> (Ribeyro, 2003, p. 228) y al él no debería importarle, porque entre cuatro paredes lujosas o baratas, no se encontraba su fin. Un proyecto de vida aún sin pensar, escribir sería el eje. Una escritura alimentada por los imprevistos, el

constante qué será de mí, qué será del otro y cómo serán esas causalidades en nosotros. “Puedo sacarme la lotería, puedo casarme, puedo ser víctima de un injusto proceso, puedo escribir un libro, puedo naturalmente morirme.” (Ribeyro, 2003, p. 50) Pudo publicar un diario de 640 páginas que mostrara al lector un poco de los tormentos y alegrías que ocuparon su mente.

Era en las horas más oscuras cuando Ribeyro acudía a su refugio. Horas que luego se convirtieron en días enteros, acompañado de *burdeos*, una barba larga, papeles regados por la habitación y un gato. La vida bohemia y en principio disimulada extendió un manto protector sobre sus aspiraciones: "... los viajes que aún no he realizado, en el amor que todavía no he conocido, en la gloria que es mi ambición íntima [...] He de probar esos caminos, para ver si al fin puedo hacer algo que no me hastíe..." (Ribeyro, 2003, p. 12); en otros casos solo se entregaba al flujo desbordante y en ocasiones inconexo de sus ¿pequeños placeres? "Vino, amigos, soledad, poesía china, papeles antiguos, cartas a Lima. Días intensos e inútiles" (Ribeyro, 2003, p. 27) Así como en su diario, en su mente y vida deambulaban infinidad de palabras, sin encontrar a qué idea adherirse o qué proyecto apoyar.

El 20 de noviembre de 1953 llegó el diagnóstico que acompañaría a Ribeyro (2003) el resto de su vida: "El pintor Eduardo Gutiérrez tiene razón: lo que yo tengo enfermo es la voluntad." (p. 28). Era un hombre postergándose en todos los aspectos de su vida. Solo cuando se asomaba al abismo que marcaba el límite, se ponía en marcha, a media y oxidada marcha, su maquinaria. *Mañana será* eran las palabras que se repetía cada noche, al poner su cabeza en la almohada y saber que había desperdiciado otras casi 24 horas. La salida de ese vórtice era la escritura. No importaba que fueran cuentos sin publicar, cartas sin ser enviadas, inicios de novela que lo desilusionaran luego, guiones rechazados o entradas anotadas en el *enano y diabólico* diario; que espantaba y volvía como *La pata de mono* de Jacobs. Escribir era la válvula de sus

pesares y cofre de sus botines; "refulgencia de la definición kafkiana: <<Escribir es invocar a los espíritus>> (Ribeyro, 2003, p. 28)

Tenemos pues un ser que se consideraba armado únicamente con la escritura para afrontar el porvenir; pero hasta ésta lo engaña en ocasiones. El bombardeo diario de la vida fractura y conmociona a este sujeto de voluntad endeble: "Descubro con sorpresa que el afianzamiento de una relación sentimental, lejos de ordenar mi vida, la desorganiza completamente." (Ribeyro, 2003, p. 32). Tanto cosas sencillas como un día pasado por lluvia, de supervivencia como el dinero necesario para sobrevivir mes a mes o el alimento intelectual que proporcionaron las últimas páginas de la *ética* de Spinoza, aportaban a la depresión de Ribeyro e intentar darle una jerarquía a las inseguridades era inútil, pues los remedios hallados eran descartados casi en el instante de ser pensados.

Ahora, ¿cómo funcionaba el concepto de vida cotidiana en Ribeyro? Sabemos que él comprendía y aceptaba el carácter del diario como un registro del día a día. Anotaciones que podían ser reflexivas o limitarse a la descripción. Sus entradas acostumbra a estar entre dar cuenta del progreso o retroceso en su escritura, los constantes viajes, sus depresiones y rendiciones, las visitas de sus amigos, el suplicio de algunas relaciones y Perú. Esa era su cotidianidad, su diario vivir tenía para contar una forma de proceder en la vida que resultaría extraña para la mayoría de personas. La lectura de su diario nos sitúa ante un sujeto que sufría con la idea de "cambiarme todos los días las medias, cortarme el pelo, etc." (Ribeyro, 2003, p. 35) Aquello que parecía extraño en su forma de afrontar la vida, era la construcción de unos hábitos divergentes a lo que solicitaba una sociedad normalizada.

Reconocer esos hábitos diferentes y verlos amenazados por la intromisión de otros desembocó en que Ribeyro pudiera apreciar el amanecer de su libertad. En las páginas de su

diario, que tomaban nota desde su primera llegada a París, se vislumbra cómo iban cayendo esas etiquetas antes nombradas, que forzaban un yo fingido.

Encontrarse y abrazar su libertad también implicaba hacer el compromiso de avanzar a pesar de la incertidumbre surgida tanto de la vida misma y sus diversas posibilidades, como de la inestabilidad aparentemente inherente a su ser. Si bien entre las fechas anotadas en el diario podría hacerse el rastreo de un Ribeyro que triunfó en algunos sentidos de la vida, él no lograba verse de forma global y sopesar el resultado de sus decisiones. El viaje fue un agente que impulsó al Julio Ramón Ribeyro que se conoce actualmente, pero para él "mi viaje a Europa me parece que en el fondo fue un acto de cobardía, el expediente de que me valí para aplazar o rehuir toda serie de responsabilidades" (Ribeyro, 2003, p. 49). Se requirió del tiempo para madurar las interpretaciones que el escritor peruano daba a los resultados de sus decisiones, ya fuera profundas o terribles, los contrastes estuvieron a la orden del día.

Una y otra vez Ribeyro haya respuestas a sus inquietudes, así fuera de forma provisional, en la escritura. Ésta le funcionaba como medio para descifrar las dificultades que abordaban su mente. Ejemplo de ello es que, así como escribiendo su diario le halló un sentido a éste, escribiendo ese mismo diario le halló un sentido a vivir "Vivir es resolver, es actuar, es apoderarse constantemente de una fracción de la realidad" (Ribeyro, 2003, p. 50). Al sintonizarse con su labor literaria y cultivarse como lector y escritor, atendió parte de sus destrezas para hacerse un lugar en el mundo. "No por la ausencia de aptitudes muchos fracasan sino por una interferencia de aptitudes. Parece que el genio exige la armonía o la inarmonía, pero jamás la incompatibilidad de cualidades." (Ribeyro, 2003, p. 67) En esa medida, su haber contaba con los cimientos para entregarse a la escritura autobiográfica, dado su recorrido lector. Se le sumaba

una actitud meditativa, de constante indagación y cuestionamiento, en ocasiones rayando con lo absurdo.

En esos momentos de abstracción y debate interior, Ribeyro dejaba al descubierto la multiplicidad de su ser. Hallaba gran diversidad en sus formas de proceder con el amor, la literatura, la amistad, los viajes, el fracaso y la gloria. Terminaba por asumir que cada aspecto de su vida era acogido por un yo diferente, con lo cual su concepto de identidad se veía amenazado. En las revisiones periódicas de su diario hallaba incoherencias en el relato de sus días, no por discontinuidades temporales, pues ya sabemos que el diario es en esencia fragmentado, sino por lo que él mismo reconoce (o más bien desconoce) como una *inconexión* entre sus yo: "Me veo siempre distinto de mí mismo, sea caminando por Madrid, por Londres, por París, como por Tarma, Chiclayo, Lima o Varsovia." (Ribeyro, 2003, p. 91); esta situación le generaba una constante preocupación, que lo llevaba a pensar que esas diferencias entre uno y otro no le permitirían avanzar en ninguna dirección.

Sin embargo, esto que para Ribeyro solía significar un problema, en otras páginas (por ende, en otros momentos de su vida) se presentaba como una característica no precisamente positiva, pero que al menos superaba la constante de un hombre perdido en los caminos de su diario vivir. Las inconexiones entre las diversas manifestaciones de su ser le ayudaban a no repetirse, a llevar una existencia en constante cambio, dotando su discurso y escritura con esa misma maleabilidad.

He observado que yo no puedo frecuentar mucho a las personas de opiniones formadas, pues son terriblemente aburridas. [...] Yo rara vez digo dos veces la misma cosa del mismo asunto, pues para mí todos los temas son una sorpresa y me obligan a improvisar. (Ribeyro, 2003, p. 106)

Aun cuando Ribeyro presentaba tal confusión en su existencia y declaraba de forma asidua que el diario lo aparta del mundo y el único medio para salir de su celda era a través del diálogo con sus conocidos, algunos de los "monólogos" registrados en *La tentación del fracaso* presentaban cómo la mirada de este hombre se apartaba de su ser y se interesaba en la cultura, la política, las personas que vivían en su barrio o que habitaban las "grietas" de la sociedad, las guerras, la muerte, la migración, su país. Una sencilla caminata por las calles de alguna ciudad, le permitían percibir otros *fragmentos de la realidad*: "Aquí los pobres no tiene derecho de ciudad. Deben huir o perecer. Hay lugares en cambio, como París, donde sólo a través de la pobreza es posible comunicarse con el espíritu de la ciudad." (Ribeyro, 2003, p. 177), y así podía generar reflexiones del mundo exterior, que pasarían a las páginas del diario, aprovechando la capacidad que tiene éste como génesis de ideas, a la creación de algún cuento novela, ensayo o guion de teatro.

El peso del sentido histórico en el diario íntimo de Ribeyro

La tentación del fracaso parecía ser más una prisión que un diario, siendo culpado por Ribeyro de inoficioso, maléfico y dañino. Tantas veces escribió en él, declarándose hundido en un pozo de angustia por culpa de un llamado parecido al canto de sirena que lo seducía a relatar sus días, mientras se quedaba recluso en su cuarto y se mantenía inocente del mundo. Fue un hombre arrepentido tanto de la acción como de la omisión; "¡Y debí haber anotado tantas cosas!" (Ribeyro, 2003, p. 232). Sin embargo, aquel encierro desde el que se relató, lo transportó a muchos lugares: Su casa en Perú, un bonito balcón frente al mar en Capri, una pensión sucia en París, un apartamento en Múnich, un tren rumbo a Berlín, su oficina en la universidad de Huamanga en Ayacucho, un barco rumbo a Madrid. Su fortaleza de la soledad fue penetrada, sin

la necesidad de que alguien derribara las puertas. La preocupación por su patria lo hizo abrir las puertas y Europa entró, no a subyugar, sino a construir.

En un principio, un joven Ribeyro le reclamaba al acervo latinoamericano el no tener las herramientas necesarias para para desenvolverse como un novelista digno de ser registrado en la historia. "Mis taras culturales son sin embargo gigantescas. [...] Yo, detrás de mí, sólo tengo leyendas, tradiciones y sainetes." (Ribeyro, 2003, p. 39) En su lugar, dedicó su genio "menor" a la escritura de un diario, con la esperanza de que algún día consignaría allí una idea con el suficiente potencial para convertirla en su obra magna. Notorio es que escogiera la escritura de un diario, fuera de sus cuentos, como una de sus incursiones más potentes en el ámbito literario, cundo ni en el campo autobiográfico se sentía respaldado por su país "En el Perú, hasta que yo sepa, aparte de diarios de exploradores, viajeros o funcionarios, no existe este tipo de obras" (Ribeyro, 2003, p. 2). Tal vez será aquel ego y deseo de reconocimiento del que dice prefiere prescindir.

Paralelo a esto, en Lima se reconocía los primeros pasos de este escritor. Una antología de cuentos le dio cabida a su relato *Interior L*. La editorial tenía la intención de presentar relatos peruanos actualizados tanto en estilo como en contenido, contraponiéndose a una literatura quedada en el eterno conflicto entre criollos y andinos. La particularidad de dicho logro es que el cuento fue la reformulación de un viejo relato, ¿Necesitó llegar a Europa, para adquirir o crear aquellas herramientas reclamadas a su cultura? No, pues superior a la ubicación geográfica fue el valor de la experiencia aquello que resultó significativo a la hora de pulir el arte de su pluma. De acuerdo con la postura de Weintraub, Ribeyro tomó lo que le mundo le otorgó y se apropió de ello.

Este primer triunfo llevó la mirada de un cuentista en nacimiento a posarse nuevamente en su patria, "Cada vez tengo más dudas acerca del éxito que pueda tener en Lima mi volumen de cuentos" (Ribeyro, 2003, p. 47). Ese retorno sirvió para sobreponerse a aquellos temas que le parecían anticuados y gastados, hallando principalmente el marco social en el cual se desarrollarían la mayoría de sus personajes: "-mis cuentos-transcurren en Lima, en las clases económicas débiles, en ambientes deliberadamente sórdidos. [...] la visión resulta al final un poco miserable, pero exacta y verosímil." (Ribeyro, 2003, p. 47), buscó entender y así representar los móviles de las comunidades vulnerables en Perú.

De las frustraciones nacidas en el legado que le transmitió su cultura pasó a la decepción y culpa de no poder crear un relato que retratara de forma *exacta y verosímil* la historia que lo rodeaba, "Para escribir la historia de una generación hace falta, además de conocimiento de los hechos, una vasta perspectiva histórica." (Ribeyro, 2003, p. 68). ¿Cómo seguir modernizando la perspectiva literaria de su país, cuando los referentes comenzaban a difuminarse en su memoria? Los albañiles, las prostitutas, las sirvientas, los pescadores seguían viviendo, haciéndose, cambiando, ante eso era imperativo que Ribeyro encontrara la forma de recuperar el contacto con los personajes de su predilección.

El viaje que emprendió Ribeyro para desprenderse del *yo* que cargaba también fue fundamental para confirmar una sospecha planteada desde aquellas noches en Lima, cuando se permitía el gusto de escribir. La literatura de su país se auto-restringía a forma que se deterioraban por el uso constante, eran las principales culpables de presentarse en el ámbito literario, como un país tan perdido en el tiempo como él: "Ello se debe a que los autores peruanos utilizan escasos géneros literarios: novela, cuento, poesía, teatro. [...] Nos falta esa extensión que da a la literatura géneros más tardíos [...]: ensayo, memorias, autobiografías,

diarios, novela rosa, ciencia ficción." (Ribeyro, 2003, p. 366). Las formas se encargaban de reprimir algunos contenidos y excluir otros.

Otra enfermedad se apoderaba de algunos representantes de la "nueva" vena literaria de Perú. Disponiéndose a leer a sus compatriotas, hallaba un tono que rozaba o clavaba de lleno en lo panfletario vulgar, "Libro demagógico, además, lleno de discursos, de gritos de indignación. Melodrama." (Ribeyro, 2003, p. 100). En el camino por hacerse un lugar en las letras, algunos escribían para el público más vulnerable. Se daba un pequeño pinchazo en las masas, haciendo efervecer las inconformidades, pero sin proponer algo más allá de la revuelta. En el constante encuentro con la desilusión, levantaban la mano a promesas para un futuro próximo. Autores como Eleodoro Vargas Vicuña apostaban por pasos más modestos, "Es el libro de un poeta rural, de un hombre enamorado de la tierra, de las estaciones, de los espíritus de la provincia." (Ribeyro, 2003, p. 100). Para Ribeyro, este hombre se distanciaba de ese discurso plano y un poco dado al soborno, para presentar amor, sencillez e ingenuidad.

¿Cómo se veía Perú del otro lado del océano? Subdesarrollado, al parecer. Trascienda las charlas enfocadas en la línea indigenista, pero el progreso no parece considerable. "¿O es que el Perú no ha logrado aún modificar su imagen y es considerado por muchos como un bastión de catolicismos y del conservadurismo?" (Ribeyro, 2003, p. 405). Poco a poco se supera la imagen del hombre adornado con plumas, oro y ropa tejida, como estereotipo universal del ciudadano peruano. No obstante, ninguno de los dos "estándares" pensados es tranquilizante y mucho menos halagador. La solución propuesta es apostar por una transformación de alto impacto, nada de anestesia o de avisos previos, que la noticia salga disparada desde tierras peruanas, a todos los rincones del mundo, estamos listos para una "una revolución social" (Ribeyro, 2003, p. 276).

Cualquier día o noche llegaba la nostalgia, añoraba su tierra. ¿Qué significaba eso? ¿Ribeyro ya se había desprendido por completo de su falsa existencia y el fondo había hallado afecto por su ayer? Había dejado de lado el dolor estomacal que le provocaba tratar de licenciarse en derecho y tenía dónde regresar e iba a hacerlo, aunque se aburriera unos meses después, ya que le nomadismo fue inherente a él. "Yo mismo me siento ausente, animal americano y extraño, recibiendo un sol ajeno, mi memoria muy lejos, allá, sobre las arenas peruanas." (Ribeyro, 2003, p. 181).

Una respuesta metafórica concedida en una entrevista le dio la forma definitiva a la lucha que contenía gran parte del actuar, pensar y escribir en Ribeyro: "El Perú es como una casa vieja, resquebrajada, a punto de venirse abajo. La oligarquía quiere pintar la fachada, el APRA apuntarla los muros y los "partidos extremistas" derribarla para hacerla de nuevo." (Ribeyro, 2003, p. 268), a lo que Luis Alberto Sánchez respondió: "No. Los partidos extremistas quieren derribar la casa para vender el solar." (Ribeyro, 2003, p. 268).

El viaje que emprendió Ribeyro (2003) para liberar sus ataduras, fuera por valentía o cobardía, dependiendo de quién lo mire, comenzó con estas sencillas palabras: "EL 20 DE OCTUBRE PARTIMOS HACIA BARCELONA..." (p. 18). Podría decirse que meses antes ya estaba decidido, el 4 de julio de 1952 para ser exactos, pero solo en el momento que el barco zarpó, fue cuando se hizo irreversible su decisión. Para ese momento de su vida, decir que tomó una determinación, podía sonar al vaticinio de grandes resultados.

Cosa que duró poco, aunque demorara mucho en contárselo al diario. Casi un año después, cuando su estancia en España ya era parte del pasado, y ahora era París quien le daba hospedaje. Entendible que temiera volver a "él", si daba, aunque fuera una ojeada al pasado, entendible para ese Ribeyro con la voluntad enferma que se retraba en el primer diario de Lima,

¿Cómo era el de un año después? Aparece en escena un individuo vacilante: "Es extraño y a veces aterrador cómo mis deseos, en este plazo, se han ido realizando. He escrito cuentos [...] he tenido mujeres [...] he conocido ciudades que siempre despertaron mi curiosidad." (Ribeyro, 2003, p. 21). La felicidad aún estaba lejos de hacer parte del nuevo camino, si es que esta era un fin en dicha búsqueda. Su seguridad era la deriva y pensaba en su lugar prometido; la tierra de nadie.

El roce con la vida ostentosa, desparpajada y grandilocuente que ofrecía el dejarse absorber por cualquiera de las máscaras banales de las ciudades europeas, le causaba escozor a Ribeyro (2003): "Todo ello exhalaba un aroma de refinamiento, pulcritud y sensibilidad extremas. Pero también de enrarecimiento, de putrefacción, como si de pronto fuere a surgir, de esa apariencia, lo inmundano." (p. 23). Él buscaba cultura, diálogos constructivos, lecturas de mundo, no hombres supercivilizados y triviales. El acoso y peso de la tradición familiar, exigiendo que se convirtiera en un fiel representante de su apellido, se transfiguraba en aquel lado mezquino de las urbes, rebosantes de fanfarronerías que producían a ritmo desenfrenado sujetos intelectualoides.

Tan virulenta e indeseada condición extendía sus alcances saltando a la vista. Se aparcaba en el portón de los forasteros del país y del barrio; latinos ajenos a Europa, europeos ávidos de curiosidad por el barrio latino. Unos compartiendo mesa, hipocresía, licor y lastima con los otros: "... muchachos, entre los 18 y 25, vestidos de las maneras más estrafalarias, llenando su tiempo con las conversaciones más anodinas. En su mayoría sudamericanos y franceses." (Ribeyro, 2003, p. 23). Atiborrados de la añorada independencia, pierden el norte de su cuerpo y espíritu. Hasta el mismo Ribeyro visitaba todos los días la frontera de desenfreno, pues conservaba una debilidad por el buen vino y la comida bien preparada, que no saliera de

latas; y si podía ser en un restaurante, mejoraba las cosas, respondiendo también a su gusto por observar al que solo pedía un café, el que se comía un festín o aquel que opta por una comida más sencilla.

Vergüenza, la cabeza gacha, deudas, bloqueo de escritor, lecturas inacabadas, café en vez de vino y un cuerpo delgado frente al espejo, a eso redujo la visión que un hombre, antes determinado a la emancipación, tenía de sí mismo. “Y pensar que mucha gente envidia en Lima lo que se llama <<vivir en París>>.” (Ribeyro, 2003, p. 226). Otras cosas decían sus artículos en los periódicos francos, los tomos de cuentos y las novelas traducidas, entrevistas de aquellos interesados en los países del *tercer mundo* o estudiantes que buscaban su conocimiento, y otras murmuraban las calles, ventanas, muros, ciudadanos de a pie y noticieros en aquellos 20 años que él habitó una ciudad de extraños, donde él se creía el más extraño de todos.

Para Ribeyro ya era tarde. París estaba tan dentro de él como Lima o Ayacucho. Los puntos cardinales aún ofrecían más fronteras para cruzar, pero fue en el país de la Revolución donde él comenzó a deconstruirse y re-hacerse ¿un trabajo defectuoso? Tal vez, pero hecho, al fin y al cabo. Aún ausente de aquellas tierras, la memoria hacía atractiva la podredumbre: “Paseé por las calles desiertas del Barrio Latino [...]. Antiguos hoteles donde viví, con sus fachadas grises, que mi recuerdo había embellecido tanto.” (Ribeyro, 2003, p. 219). No obstante, conocer la otra cara de la moneda, contribuyó a plasmar la disonancia característica de sus relatos.

Un viaje a Varsovia fue el acercamiento a otra fracción de realidad. Perú era el caos sometido; París, desenfrenado, y la capital de Polonia, “un mundo diferente al mío, respetable y digno de ser querido.” (Ribeyro, 2003, p. 76). Tantas concepciones de mundo, formas de vivir y de hacer, eran alimento para su pluma, aunque se percatara más de sus desaciertos. Como escritor surgía del fondo y la penumbra, rozaba la superficie, bañándose con un poco de luz y

retornaba al averno para contarle sus demonios, de un mundo dinámico; bastante enaltecido en sus diarios, posiblemente más de lo creíble, pero le revelaba a este escritor peruano, cómo se siente la esperanza y este compartía un poco con sus personajes, acompañándola de su antónimo.

El último fragmento de realidad que acudió a la pluma de Ribeyro fue el estado de la muerte en la historia y la sociedad. Esas fachadas caídas y grises, otras en construcción; inconclusas y aparentemente suspendidas, degradándose como un esqueleto que se va llenando de óxido. La urbe traía implícita una invitación, una ojeada al final del río de la vida. El final de muchos nombres, unos que al día de hoy siguen repitiéndose en los libros otros que se diluyen. Muertos que encontraron dónde dejar su huella, aunque no todos saben qué piedra, de qué muro los representan en la ciudad.

La impresión que me producen ciudades como París o Barcelona, cuando las comparo con Miraflores, es que son unos enormes cementerios. No sólo por la arquitectura uniforme, monumental y gris -como los cuarteles del cementerio limeño- sino porque en sus casas ha muerto mucha gente. No hay habitación que no guarde el recuerdo de una agonía. (Ribeyro, 2003, p. 259)

Esos hombres muertos a veces no eran recordados ni con un nombre, pues su gentilicio era la carta de presentación. Algunos huyeron del asedio, las explosiones, las masacres, los gritos, de otros hombres marchando con fusiles al hombro. Trataron de ocultarse, a veces con la estrategia de estar en las narices del enemigo. “El argelino que al doblar la esquina se encuentra cara a cara con cuatro policías que acaban de bajar de un carro-patrulla para poner papeletas a los autos mal estacionados. Su actitud espontanea de levantar las manos.” (Ribeyro, 2003, p. 238). La guerra comenzó a extenderse, a apropiarse de lugares inesperados, a caminar al lado del

citadino. Se salió de los periódicos y llevó la confrontación a las calles. Allí se encontró con Julio Ramón Ribeyro y nuevamente se le dio forma en palabras escritas, junto a muchos títulos, como el de su compilación de cuentos *La palabra del mundo*.

Conclusiones

1. La tentación del fracaso se inscribe en el devenir de la literatura latinoamericana y peruana, como un paso firme en pro de abrir paso a el género autobiográfico en nuestra parte del continente. Sus influencias son evidentes, siendo nombradas a lo largo de *La tentación del fracaso*. Ribeyro se apropió de la difusa forma del diario íntimo, para encontrar otra forma de relatar-se el entorno que lo rodeaba. Un medio para alabar, denunciar, lamentar, deformar y reconstruir el mundo que lo rodeaba.

2. Ribeyro acude al diario íntimo en busca de un modo de relatar y comunicar de la forma más fiel las vivencias de su ser y sus multiplicidades. Busca los contornos difusos del diario, para contar sin tener que recurrir a lo que de forma habitual se llama ficción. Se enfocaba en exaltar o demeritar un ser “tangible”; en cierto modo porque él es el primer destinatario de esta forma de escritura. Crea una imagen para abuchear y reconocer de vez en cuando, algo de su gloria.

3. El diario de Ribeyro estuvo planeado para ser un monólogo presentado en tarima. Desde las palabras de apertura, este escrito peruano deja claro que, su fijación en los diarios desembocaría en su propio diario, uno que, sobreponiéndose a la frustración y el fracaso, se pensó para que otros fueran testigos.

4. El ejercicio de la constante introspección transcrita a las páginas del diario, fueron pequeñas semillas del génesis. En esas palabras se gestaron diversos relatos, hechos que Ribeyro nombró como vánales, resultaron publicados en alguna colección de cuentos premiada. En ocasiones, el autor no vislumbrara el potencial creador de su obra íntima.

5. En el diario de Ribeyro, se logran evidenciar las posibilidades y límites de la memoria. Pues esta resulta ser víctima del olvido, la censura, la “edición” y “adaptación” por parte del “dueño” de los recuerdos y evocaciones. Tal como inicia *El Quijote*, en aquel lugar de la machan cuyo nombre no quiere recordar el narrador, Ribeyro omite o transforma elementos de su relato con gran facilidad.

6. Ribeyro continuamente ejecutaba su diario, aseguraba su destierro y posterior muerte. Vivía siempre agonizante, amenazado con la posibilidad de volverse cenizas. Estuvo parado en las puertas del cementerio, al mismo tiempo que fue él fue la última morada de muchas remembranzas de escritor peruano. Fue esa relación tan cercana con el preludio del fin, que lo imbuó con el deseo de la supervivencia. El título del libro suscita de forma implícita esa lucha.

7. El concepto de conciencia histórica en Ribeyro se hace evidente a través de cada evento, situación, reflexión o alucinación que el autor evoca a modo de contextualización del entorno que lo afecta como escritor y ciudadano. Estos acontecimientos que fueron presenciados desde la ventana de un viejo hotel, recorriendo las calles decadentes de alguna ciudad o pensando en el qué habrá sido de aquel extranjero que se ocultaba en la casa del enemigo. El Ribeyro que conocemos es hijo de las urbes que visitó, de los conflictos afrontados, de los amores realizados o frustrados, de la lucha constante contra la tradición.

8. Ribeyro no trata de inscribir su diario dentro del plano tradicional de ficción, sin embargo, no se puede desconocer que a partir de este se crean y estructuran formas de ver y ser en su narrativa. Su propia pluma afirma que “cada vez me voy convirtiendo más en personajes Riberyanos y me encuentro más en situaciones Riberyanas”. ¿El desencanto y la frustración nace de él hacia sus personajes o son sus personajes los que lo rodean de aquellas sensaciones?

9. Los relatos de Ribeyro se gestan a partir del amor, la vida doméstica, la salud contra la enfermedad, la vejez, la muerte, el peso de la historia, el tiempo en sus formas relativas. Ribeyro se mueve por las ciudades, observa, escucha, huele y guarda registro; crea monólogos en su cabeza que posteriormente pasan a la hoja. Como si se pasara la vida desde una gran ventana.

10. La pugna entre lo público y lo privado parece que se resolvió con la idea de la distancia. Ribeyro se exilia en otro país, en un apartamento, en una casa alejada, en un balcón. Requiere la mayor comunión posible con el silencio para entregarse a la escritura. Si embargo, esa distancia se ve siempre confrontada con la necesidad de saber de su país. De leer a aquellos autores que están naciendo, de conocer sobre sus mandatarios, de volver a celebrar alguna festividad. Los hilos se tensan, pero jamás se rompen. Un autor que le gusta escribir sobre los que viven allá afuera, no puede pedirle mucho a la distancia.

11. El viaje es pieza fundamental, el rey en el tablero de Ribeyro. Ya fuera como escape o reconocimiento del terreno, emprender nuevas rutas era su forma de luchar contra el nombrado fracaso. Su paso por cada ciudad dejaba atrás un fragmento, luego regresaba a verse. Tal vez sin reconocerse allí, pero sabiendo que alguna vez fue eso.

Referencias

Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico Dilema de la subjetividad contemporánea*. Buenos aires: Fondo de cultura económica.

Arfuch, L. (2005). Problemáticas de la identidad. En L. Arfuch, *Identidades, sujetos y subjetividades* (págs. 21-44). Buenos aires: Prometeo libros.

Basadre, J. (1978). Perú: problemas y posibilidades. *Quirón: Revista de estudiantes de historia*, 91-99.

Caballé, A. (1995). *Narcisos de tinta*. Madrid: MEGAZUL S.A.

Catelli, N. (2007). "Pruebas de haber vivido": Los Diarios y la Carta al Padre de Franz Kafka como límites de la autobiografía. En N. Catelli, *En la era de la intimidad - seguido de: El espacio autobiográfico* (págs. 109-142). Rosario: Beatriz Viterbo Editorial.

Didier, B. (1996). El diario ¿forma abierta? *Revista de occidente*, 39-47.

Gamboa, S. (2005). *El síndrome de Ulises*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial S.A.S.

Giordano, A. (2015). La tentación del diario: escritura de la intimidad y experiencia ética en la tentación del fracaso de Julio Ramón Ribeyro. *Cuadernos de literatura*, 341-360.

Kokotovic, M. (2006). *La modernidad andina en la narrativa peruana: conflicto social y transculturación*. Lima: Latinoamericana editores.

Márquez, I., & Ferreira, C. (1996). *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo editorial de la pontificia universidad católica del Perú.

Ortega, J. (1985). Los cuentos de Ribeyro. *Cuadernos hispanoamericanos*, 128-145.

Ospina Villalba, G. (2006). *Julio Ramón Ribeyro Una ilusión tentada por el fracaso*. Bogotá: Fundación Universidad del Bogotá - Jorge Tadeo Lozano.

Pérez Rodríguez, M. T. (1994). La autobiografía como eje vertebrador de la novelística de Ribeyro. En J. Bargalló Garreté, *Identidad y alteridad: aproximación al tema del doble* (págs. 273-285). Sevilla: Alfar.

Ribeyro, J. (2003). *La tentación del fracaso*. Barcelona: Seix Barral.

Ribeyro, J. (1976). *La caza sutil*. Lima: Milla Batres.

Ribeyro, J. R. (1994). *Cuentos completos Ribeyro*. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones S.A.

Romero, J. (1976). *Latinoamérica Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI editores

Encabezado: ANÁLISIS DE DIARIO ÍNTIMO DE JULIO RAMÓN RIBEYRO
lxvii

S.A.

Sánchez Arnosi, M. (2007). Julio Ramón Ribeyro. *Cuadernos hispanoamericanos*, 180-181.

Weintraub, K. (1991). Autobiografía y conciencia histórica. *Suplemento Anthropos* n° 29, 18-33.

Zanetti, S. (2006). Diario de un escritor: "La tentación del fracaso," de Julio Ramón Ribeyro. *Iberoamericana*, 63-77.